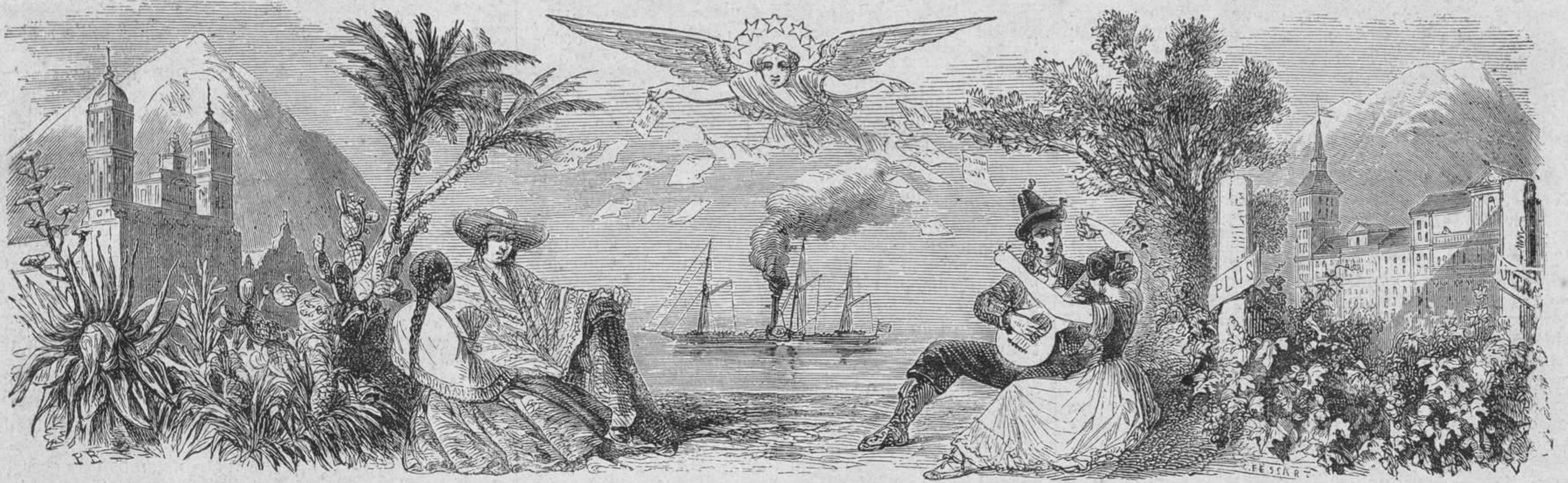


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1863. — TOMO XXII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 22. — N° 567.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO

S. M. la emperatriz en Tolon; grabado. — **Revista española.** — **Dichoso el que tiene novia!** — **Recepcion de S. M. la emperatriz en el arsenal marítimo de Tolon;** grabado. — **Paseo de S. M. por la rada;** grabado. — **Zafarrancho de combate de fuego;** grabado. — **Expedición á Méjico;** grabados. — **Revista de Paris.** — **Los ojos azules.** — **Dos de noviembre.** — **El rey de los helenos en Tolon;** grabados. — **Sucesos de Polonia;** grabado. — **El collar de la reina.** — **Estatua de Napoleon I en la plaza Vendome;** grabados. — **Mas pormenores sobre el naufragio aéreo del globo el Gigante;** grabado. — **Paris y Lóndres en 1793.** — **Don Vicente G. Quesada.** — **Problemas de ajedrez;** grabado. — **Cacería de los príncipes de Wagram y Murat;** grabado.

S. M. la emperatriz en Tolon.

Su Majestad la emperatriz Eugenia de vuelta de su viaje á España, pasó el 29 de octubre por Tolon. Con un tiempo lluvioso y una mar agitada, el yacht imperial el *Aigle*, mandado por el contra-almirante Dupuy, fondeó en la rada pequeña á las seis de la mañana, y en aquel dia la emperatriz visitó la escuadra. A las dos se botó al agua en el Mourillon la fragata con coraza la *Provence*, en presencia de la emperatriz acompañada por las autoridades de la ciudad, los funcionarios civiles y militares. Despues S. M. visitó las dársenas y los talleres.

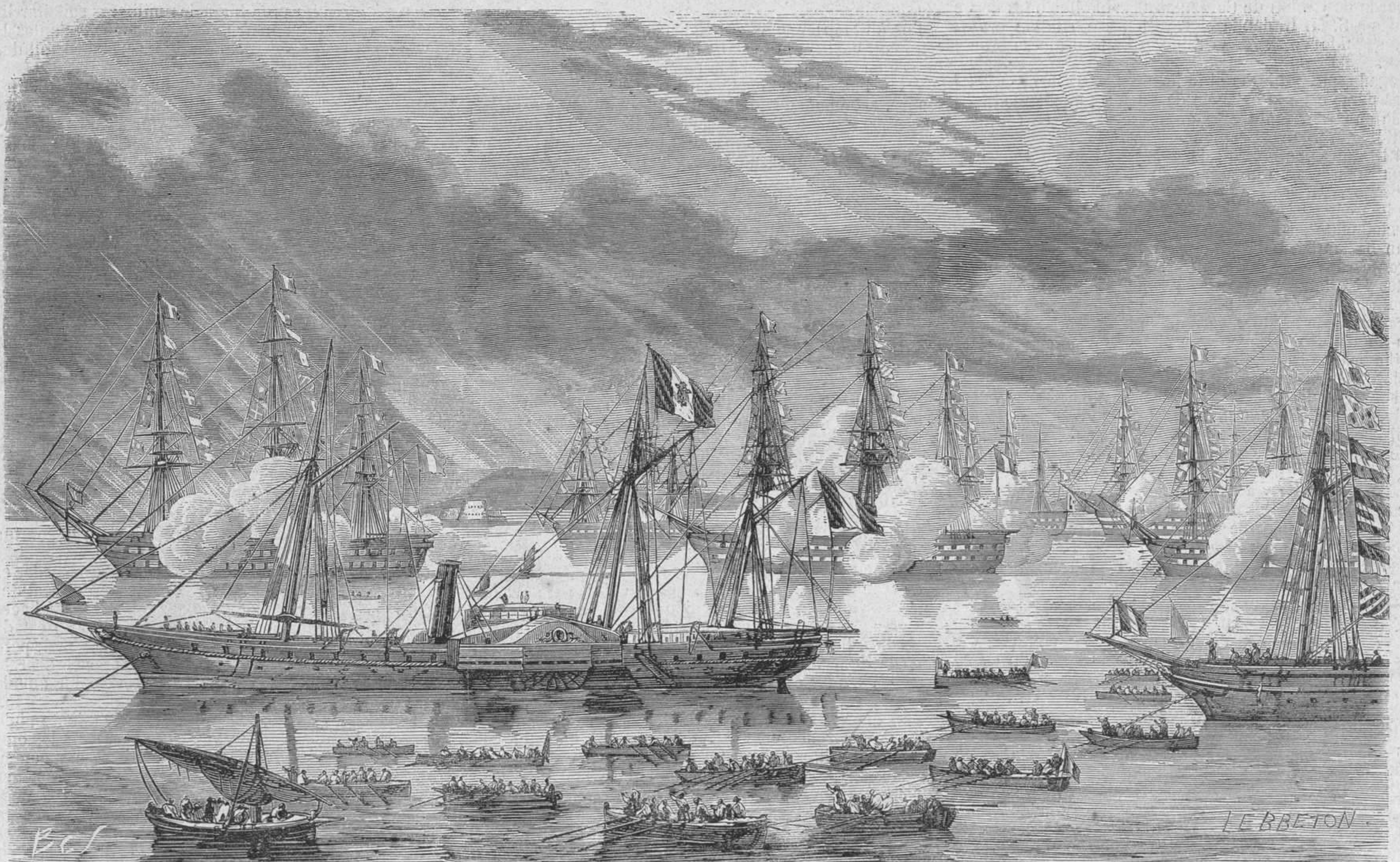
A las siete y media tuvo lugar un zafarrancho de combate de fuego ejecutado por la escuadra. Concluido el

fuego, todas las vergas se iluminaron espontáneamente con luces de Bengala, y las numerosas embarcaciones que se hallaban presentes resplandecian tambien con otros fuegos de mil colores.

La emperatriz ha sido saludada y aclamada por una multitud de espectadores que habia en los botes y en las barcas particulares. L.

Revista española.

El tiempo. — Tardes de otoño. — Una mujer aérea. — Visita de la emperatriz de los franceses á la reina de España. — Tea-



La escuadra francesa saludando á S. M. la emperatriz á su entrada en la rada de Tolon.

tros. — El Amor y la Gaceta. — La Doble vista. — Virtud y libertinaje. — Literatura bajo cero. — Un pintor y su último cuadro.

La estación fría se acerca á paso de gigante; la vegetación, entorpecida por la falta de calor, pierde su brillante frescura, los árboles enseñan sus brazos secos deojados del verdor de sus hojas, que marchitas ya, allombran el suelo y esperan el capricho del aquilon; el ruiseñor y la alondra enmudecen, y la naturaleza se despoja de su traje de gala para cubrirse con el blanco y melancólico ropón del invierno.

El otoño sin embargo se ha despedido espléndidamente, y el sol, enviándonos sus últimos rayos, nos ha ofrecido un ambiente tibio y agradable.

Estas últimas tardes de otoño con el cielo despejado y sereno, y en las que el aire parece dormirse deliciosamente en la calma de la naturaleza, son tan á propósito para las ascensiones aerostáticas, que hasta los niños las imitan en sus cometas.

Con tan apacible temperatura, la intrépida madama Poitevin ha verificado dos ascensiones desde el patio del Retiro, cediendo generosa sus productos á beneficio de las víctimas de Manila. Feliz en la primera, descendió en el camino de los Carabancheles, y favorecida por unos cazadores, regresó á Madrid en un omnibus. No tan dichosa en la segunda, fué á caer á Chambery, en medio de un gentío inmenso.

Pero el gran acontecimiento ha sido la visita con que nos ha honrado nuestra bellísima compatriota la emperatriz de los franceses. Su pintoresco viaje sería bastante para llenar las páginas de un libro interesantísimo; pero yo, en los límites de esta revista, debo reducirme á presentar aquí los cuadros mas notables de su estancia en la corte. La emperatriz llegó el 18 á las once al real palacio, en union de la princesa Ana Murat, sus damas y alta servidumbre.

Su Majestad el rey, acompañado de SS. AA. RR. los infantes Don Francisco y Don Sebastian, y de sus generales ayudantes, salió á recibir con la oportunidad debida á la augusta viajera, dirigiéndose á la estación del Mediterráneo en coches y con la servidumbre de gran gala: desde allí vinieron SS. MM. y AA. á palacio, en el cual esperaban, para recibir á S. M. I., los ministros de la corona, jefes de palacio, damas, gentileshombres de cámara, grandes de España, generales, directores é inspectores de las armas, mayordomos de semana, gentileshombres del interior y de casa y boca, etc., etc.

Al aproximarse SS. MM. á la plaza de la Armería, y hasta entrar por la puerta del real palacio, se les hizo por la guardia exterior los honores de ordenanza; y al bajar del carruaje S. M. I., rompió la marcha real la música de alabarderos, cuyos individuos se hallaban formados en toda la extensión de la escalera, vistiendo el uniforme de gala. Su Majestad la reina, acompañada de los ministros de la corona y algunos funcionarios ya expresados, bajó hasta la primera meseta de la escalera, donde recibió á S. M. I. saludándola afectuosamente.

Después se dirigieron SS. MM. y AA. por la sala de alabarderos y salon de Columnas á las habitaciones destinadas á S. M. I., dando el rey el brazo á la emperatriz, seguido de S. M. la reina y de la princesa Ana Murat.

Llegado que hubieron al indicado punto, pasaron las reales personas á la estancia de S. M.; y quedando instalada en su aposento esta augusta señora, se retiraron SS. MM. á la real cámara.

El 19 hubo una función de gala en el regio coliseo. El teatro ofrecía un golpe de vista verdaderamente deslumbrador. Tal era el lujo que en él ostentaba la escogidísima concurrencia que llenó todas las localidades, especialmente las butacas y los palcos, en donde ostentaban brillantísimos trajes y preciosos tocados muchas elegantes damas, y sus bandas, sus cruces y uniformes civiles y militares la mayor parte del mundo oficial residente en la corte, y diferentes eminencias políticas, literarias, de la aristocracia y de la banca. El salon estaba iluminado á giorno, y en el palco de diario de la familia real se estrenó una rica y elegante colgadura de terciopelo bordado de oro.

El tránsito desde palacio al teatro estaba cuajado de gente. A las diez llegaron las reales personas y la régia comitiva, que ocupaban cinco coches, á mas de los dos de los infantes Don Francisco y Don Sebastian. Subieron delante SS. MM. la reina y la emperatriz á la derecha, detrás el rey, y á su derecha la princesa Ana. Seguían los infantes Don Francisco y Don Sebastian y el resto de la comitiva, de la que formaban parte los ministros de la corona y la régia servidumbre.

La reina vestía un traje de seda rosa con volantes de encaje, y un abrigo blanco también con encajes. La emperatriz llevaba un vestido blanco con flores y un abrigo color grana. Las dos augustas señoras vestían vistosas y ricas diademas de forma bastante parecida, y preciosos collares. El de la emperatriz lo formaban tres hilos de gruesas perlas. La princesa Ana lucía un sencillo pero gracioso traje color flor de malva claro, y el adorno de su cabeza era también sencillo, pero sumamente airoso. El rey y los infantes llevaban los uniformes que representan su elevada categoría en la milicia.

Los ecos de la orquesta, tocando la marcha real, anunciaron á la brillante concurrencia la entrada de las reales personas en el palco regio, y un momento después se dió principio á la función. La reina y la emperatriz ocuparon los dos asientos del centro; á la derecha de esta el rey, y junto al rey la princesa Ana. A la izquierda de la reina Isabel se colocaron sus tíos los infantes

Don Francisco y Don Sebastian. Parte de la servidumbre quedó en pie detrás; el almirante Dupuy y demás individuos de la comitiva de la emperatriz ocuparon los palcos inmediatos.

Después del acto segundo pasaron las reales personas al salon principal, donde la empresa tenía preparado un espléndido buffet.

El 20 se verificó en palacio el convite ofrecido por la reina Isabel á la emperatriz Eugenia.

Su Majestad salió de sus habitaciones á las siete, acompañada de S. M. el rey y de los infantes Don Francisco y Don Sebastian, y seguida de las personas de su servidumbre, se dirigió á las habitaciones de la emperatriz. Esta aguardaba ya á S. M. la reina, y todos juntos se encaminaron al salon de Columnas, donde estaba preparada la mesa, y que se había convertido en un verdadero jardin por infinidad de flores y luces.

La emperatriz se colocó en el lugar de preferencia que ocupa ordinariamente el rey; enfrente de la emperatriz S. M. la reina. A la derecha de esta tomó asiento el infante Don Francisco, y á la izquierda el nuncio de Su Santidad. A la derecha de la emperatriz se colocaron primero el rey, después la princesa Ana Murat, y luego el embajador de Francia; y á la izquierda el infante Don Sebastian, y mas allá la duquesa de Teatun.

Asistieron además al convite todos los ministros, el cuerpo diplomático y los mas altos personajes del mundo oficial.

El mismo dia por la tarde la emperatriz salió de palacio para ir á la embajada de Francia y recibir allí, como es costumbre, las felicitaciones del cuerpo diplomático extranjero. Para ir á la embajada, S. M. la reina puso á disposición de la emperatriz los trenes mas magníficos de su casa.

La comitiva se componía de cuatro coches. En los dos primeros iban los individuos que fueron acompañando á la emperatriz; el tercero, tirado por ocho soberbios caballos con penachos blancos y azules, era de respeto, y en el cuarto y último iba la emperatriz y la princesa Ana Murat. Delante del coche de la emperatriz iban cuatro batidores y un correo de la real casa; al lado un caballero, y detrás un brillante destacamento de coraceros. En este orden llegó la comitiva al palacio de la embajada, donde ya aguardaban á S. M. I. todos los individuos del cuerpo diplomático residentes en Madrid.

Su Majestad Imperial permaneció en la embajada de cinco á seis de la tarde, y volvió á palacio en el mismo orden que salió para la embajada, y acompañada del embajador de Francia.

Para el 21 se había dispuesto una corrida de toros en obsequio á la emperatriz; pero esta señora, en vez de ir á la plaza, consagró todo el dia á visitar el sepulcro erigido á su querida hermana en el pueblo de Carabanchel, donde la señora condesa de Montijo, su madre, tiene su casa de campo. Para cumplir con este religioso deber, la emperatriz salió de palacio á las diez de la mañana, vestida de luto y acompañada solo de la princesa Ana Murat y de los de su servidumbre, igualmente enlutados.

Por último, tenemos que hablar de un baile que fué tan magnífico como lo han sido todos los obsequios hechos á su augusta huésped por la reina Isabel.

A las diez en punto salieron los reyes de sus habitaciones, acompañados de S. A. R. la infanta Doña Cristina y los infantes Don Francisco y Don Sebastian, y se dirigieron á las de la emperatriz, que les esperaba con la princesa Murat, para entrar, como lo hicieron todos, precedidos de la alta servidumbre de palacio y seguidos del cuerpo diplomático, á las once menos veinte minutos, en el gran salon del baile, que lo fué en esta ocasión el de Columnas.

Su Majestad la reina, que por su estado interesante no podía bailar, fué á colocarse desde luego en el salon que la estaba preparado, situándose además en el estrado real: á la derecha de la reina la emperatriz, después S. M. el rey, luego la princesa Murat, y por último el infante Don Sebastian, y á la izquierda de la reina la infanta Doña Cristina, y después el infante Don Francisco.

Su Majestad la reina vestía un sencillo traje de tul blanco, con adornos del mismo color, y una riquísima corona de brillantes, que daba gran majestad á su hermosa presencia de soberana.

La emperatriz vestía también de blanco y lucía sobre su frente una diadema de brillantes que sujetaba un velo de encaje, que caía graciosamente perdido sobre sus hombros.

La infanta Doña Cristina llevaba un elegante vestido blanco con sobrefalda y adornos azules.

La princesa Murat un sencillo traje blanco salpicado de flores violeta, con un prendido de igual sencillez.

Su Majestad el rey y los infantes vestían de capitanes generales, llevando el primero el gran cordon de la Legión de Honor.

El embajador de Francia llevaba la banda de Carlos III.

El primer rigodon le bailó S. M. el rey con la emperatriz de los franceses, haciendo el vis-á-vis la princesa Murat con el infante Don Sebastian, y bailando en los costados algunos individuos de la nobleza y del cuerpo diplomático, y el señor ministro de la Guerra.

Bailaron sucesivamente rigodones, walses y lanceros. La emperatriz bailó una segunda vez con el infante Don Sebastian.

A las doce se abrió el buffet, colocado como antiguamente en la galería alta de palacio, y que mas que nunca estuvo bien servido y ordenado.

Su Majestad la reina entró en el buffet con la emperatriz, con los individuos de la real familia, con el cuerpo diplomático, con los ministros de la corona y con los altos dignatarios de palacio. La régia comitiva permaneció poco tiempo delante de las mesas.

Acto continuo de abandonar el buffet, SS. MM. y la emperatriz recorrieron todos los salones hasta llegar á la puerta del trono, conversando amistosamente con los hombres políticos de todas opiniones que llenaban los salones de palacio.

A las dos y media la emperatriz y la familia real de España se retiraron á sus habitaciones.

Para concluir esta relación, diremos que la emperatriz salió de Madrid el 23 de octubre con el mismo ceremonial que á la llegada. En el momento de subir al coche, la reina la regaló un precioso brazalete de diamantes y rubies, en el que se leía esta palabra: *recuerdo*. Sus Majestades la reina y el rey acompañaron á la emperatriz á la estación en medio de un inmenso gentío, y allí tuvo lugar la despedida.

Reducido á este suceso el movimiento social del mes de octubre, refugiémosnos en el teatro, para ver en el espejo lo que no podemos ver en el original.

Pocas, muy pocas son también las novedades teatrales, y tan pocas, que se hallan reducidas á un juguete cómico en tres actos, á una zarzuela en uno, y á un drama en cuatro.

El Amor y la Gaceta, de Serra, *la Doble vista*, de Picon, y *Virtud y libertinaje*, de Diaz.

¡ Tres obras en un mes, y en los primeros dias de la temporada!

Pero no hay que alarmarse; atribuyamos esta escasez de novedades á la pereza habitual de nuestros escritores, y esperemos con calma dias mejores para el teatro. Esperar no cuesta nada, y mucho menos cuando para esperar tenemos obras tan ingeniosas, á pesar de sus modestas pretensiones, obras tan agradables como *el Amor y la Gaceta* y *la Doble vista*, obras tan notables como *Virtud y libertinaje*.

Nuestros lectores americanos se preguntarán, no sin asombro: ¿Qué es lo que puede haber de comun entre *el amor* y la GACETA? Nada mas natural que esta pregunta, nada mas divertido que las suposiciones que harán nuestras bellísimas lectoras.

— ¿Querrá el autor de la comedia que el amor se haga de real orden en lo sucesivo? dirán unas.

— ¿Pretenderá que se suprima de la misma manera? exclamarán otras.

— ¿Qué podrá ser esa comedia que solo con su título excita un interés tan grande? dirán en coro las demás.

Para satisfacer su natural curiosidad, explicaremos el enigma con solo recordar el argumento de la comedia.

Figúrense nuestros lectores que una mañana, cuando mas sosegados y tranquilos se hallaban los oficiales del ejército, vino á turbar su paz y su quietud un real decreto estampado con gruesos caracteres en la GACETA.

Este real decreto prohibía á los militares solicitar licencia para contraer matrimonio sin depositar antes la enorme cantidad de cuatro mil duros, ¡ cuatro mil duros! ¡ una fortuna!

Una sola plumada destruía en un instante infinitas esperanzas y daba un golpe de muerte al amor que mas ilusiones excita, al amor del uniforme, el mas fascinador, casi el primero de las hermosas é inocentes jóvenes que disfrutaban de los dulces momentos de la primavera de la vida.

La medida en cuestion debía producir consecuencias sensibles: con la comedia de que nos ocupamos pone en relieve su autor uno de los efectos del decreto.

El teniente Zapata, un buen muchacho, vivía en Andalucía, perdidamente enamorado de la sobrina de un capellan, llamada Pepa, jóven bellísima, que á su vez adoraba al militar.

Los dos pasaban momentos deliciosos, sin mas recuerdos que la poética reja, el purísimo cielo azul de Sevilla y las perfumadas brisas de la noche, que traían á sus oídos los rumores de las calles en donde repetían otros amantes los mismos juramentos, las mismas frases amorosas que se decían los dos amantes.

El amor se aumentaba en sus almas apasionadas, y en un arranque de entusiasmo juró Zapata á Pepa que sería su esposo. Una palabra de casamiento era ya cosa seria, pero al darla, el teniente de caballería había expresado un sentimiento, y estaba dispuesto á realizar las esperanzas que había hecho concebir á la sobrina del capellan.

Pero nuestro hombre no contó con la huésped, es decir, con la Gaceta, y al fijarse sus ojos en el real decreto, la desesperación llegó á su colmo. ¿Qué hacer en tan terrible situación? Si Zapata no hubiese estado perdidamente enamorado de la jóven, menos mal; pero es el caso que la amaba de veras, y que el decreto levantaba un obstáculo insuperable entre su amada y él.

A grandes males, grandes remedios: el teniente pidió su pase á otro regimiento y prefirió aparecer á los ojos de Pepa como un ingrato, prefirió conformarse con su suerte y condenarse á un eterno martirio, á sostener por mas tiempo un amor que el gobierno de Su Majestad imposibilitaba, destruía con la real orden de la Gaceta.

Se alejó de Sevilla sin despedirse de su amada, y se vino á Madrid dejándola sumida en la mas honda desesperación, y acusándole á cada instante de ingratitud y de falsía.

Así las cosas, quiso la suerte que volvieran á hallarse, y precisamente su encuentro es lo que constituye la verdadera accion de la comedia.

El regimiento en que ingresó Zapata no tenía capellan, iba á ponerse en marcha con direccion á Ocaña, y justamente en los momentos de partir llega el tío de Pepa, que por haberse disgustado con las monjas de Pinto, decide hacerse cura castrense, y al conseguirlo le destinan al regimiento donde se halla Zapata. Apenas toma posesion y cuando echa de menos un ama de gobierno, recibe la agradable sorpresa de ver á su sobrina, que despues de contarle su desgracia, le pide por favor que la admita en su compania. Acepta el capellan la proposicion, dispuesto á consolar á la infeliz muchacha, y agregándose al regimiento se ponen en camino.

Nuestros lectores comprenden fácilmente el desenlace: como el único obstáculo que estorba la felicidad de los dos amantes es la *Gaceta*, como los dos se adoran, y de los cuatro mil del pico solo faltan dos mil al teniente Zapata, el capellan se encarga de completar la suma, y *finis coronat opus*.

Hé aquí el *Amor y la Gaceta*, despojada de los ricos detalles que la imaginacion fecunda de su autor ha logrado reunir para hacer agradable, entretenida é interesante una accion pobre, una fábula trivial, y que como habrán visto nuestros lectores, no corresponde á la curiosidad que despierta su titulo.

Pero los detalles ofuscan, la gracia, la difícil facilidad del diálogo, los ingeniosos chistes, todo contribuye á dar valor á esta comedia, que pensada y escrita por otro autor no hubiera pasado de manuscrito. Es una coleccion de cuadros de género; los caracteres, las situaciones son verdaderas, están admirablemente copiadas del natural. El coronel del regimiento, el potrero, la capitana Canela, su esposo, el capellan, el teniente Zapata, la patrona del pueblo en donde pernoctan, la lavandera que devuelve á su novio la camisa lavada y recosida, que le da la cajetilla de tabaco; el ciego que ve con los ojos de su lazarillo, el asistente que mece al niño, y guisa, y hace todo lo de la casa; en una palabra, todos los personajes de la comedia, todas las situaciones, todos los episodios son de un colorido, de una exactitud sorprendente, y han venido á probarnos que la enfermedad que ha tenido tanto tiempo postrado al señor Serra, y que aun hoy dia le condena á una ociosidad forzosa, ha sido y es una desgracia para el teatro.

El público fijaba sus miradas durante la segunda representacion de esta obra, en un palco de platea, en donde estaba Serra recibiendo una doble ovacion inspirada por su talento y por su desgracia. ¡Cuánta pena nos daba verle, jóven aun, en el mejor periodo de la vida y sin poder moverse, sin poder hablar apenas!

Pero aun en medio de su desgracia, debió ser grande su satisfaccion al oír los continuos aplausos, al sentir las miradas de todo el auditorio, que parecia formar en torno suyo una aureola de gloria.

Si la terrible enfermedad abandonase su victima, si volvieran para Serra los venturosos tiempos que constituyen la historia de sus triunfos escénicos, podría decir al recordar el triunfo de su última comedia, que ha escrito en los momentos del dolor como Cervantes su *Quijote*, y que sin embargo revela una alegria inmensa; podría decir, repetimos, que el público no es ingrato, y que no hay tarea mas gustosa que la de consagrarle el trabajo de toda una vida dedicada al cultivo de las letras.

¡Ojalá se realicen nuestros deseos, que son los de todos los que saben apreciar su talento y sus brillantes prendas personales!

Habiendonos detenido mas de lo que pensábamos en el exámen de la comedia, que interpretada magistralmente por Matilde y Catalina, la Tenorio, Pizarroso y Fernandez, lleva todas las noches un numeroso público al teatro del Príncipe, no podremos consagrar muchas líneas á la zarzuela de Picon.

La *Doble vista* es un libreto que por su originalidad y por la correccion y la gracia de su diálogo entretiene a los asiduos concurrentes á Jovellanos. El protagonista es un lente, cuya rara virtud consiste en descubrir los pensamientos mas recónditos. Gracias á este recurso, descubre un jóven marqués que su mayordomo le roba, que sus amigos le engañan, que su amada le vende, y que le ama de veras y desea labrar su felicidad una pobre muchacha, que aunque tiene por padre al mayordomo del marqués, no se parece en nada al autor de sus dias y es un modelo de honradez y belleza. Por desgracia la virtud del tal lente concluye con la última nota musical de la zarzuela; pero la buena impresion que dejan libreto y música duramas, y por consiguiente son legítimos los aplausos que el público tributa á sus autores.

Digamos algo para terminar el capítulo de los teatros, del drama *Virtud y libertinaje*, debido á la pluma del distinguido poeta don José María Díaz. Lo esencial para nuestros lectores es el argumento: hélo aquí:

Leoncia Perez, viuda jóven y bella, se dispone á enlazarse con su pariente Enrique Martin de Luna, un libertino, como mas adelante veremos. Ella no ignora el pasado de Enrique, pero le ama. Así las cosas, se presenta á Leoncia su amigo y protegido Alvaro, un jóven escritor tan honrado como pobre, y á quien la viuda ha colmado de beneficios. La confiesa el amor que le inspira y le anuncia que se aleja para siempre de su lado, pero la ruega que continúe siendo una madre para su hermana Elvira que debe llegar de un momento á otro á ocupar el puesto que él deja vacío cerca de su proctora. En esto se presenta Enrique con su futuro cuñado, un hombre bonachon, aunque muy egoista. Leon-

cia se retira, y quedan solos los dos recién llegados y el desesperanzado amante. Allí en el seno de la confianza habla de sus conquistas el libertino, y entre otras cosas refiere que presentándose con el titulo de marqués de Negreira á una inocente jóven, logró inspirarle una vehemente pasión, y añadir su nombre á la crecida lista de sus victimas. Leoncia vuelve, la felicidad le sonríe, Alvaro corre en busca de su hermana, los futuros esposos se confiesan y se absuelven, su ventura es inmensa... pero un instante despues todo cambia de aspecto. Llega Elvira, y al ver á Enrique no puede menos de sorprenderse.

—¿Conoces á ese hombre? le pregunta su hermano.

—Pues no, responde la infeliz, es el marqués de Negreira.

El golpe que recibe es cruel.

El infame no solo le roba la esperanza de su amor, sino que ha ultrajado el honor de su familia: solo mándole podrá lavar la afrenta, y le matará...

Con esta situacion acaba el primer acto: en el segundo revela el triste jóven á Leoncia la pena que devora su alma, y ella le exige que aplace su venganza por lo menos un dia. Alvaro cede, Enrique viene con el hermano de su futura y la ofrece una flor que ha cogido expresamente para ella. Leoncia la coge de sus manos, la deshoja, la tira al suelo, y se marcha con Alvaro. Este desaire irrita al libertino: Alvaro debe haber enterado á Leoncia de la aventura del marqués de Negreira, y necesita castigar al charlatan; sin embargo, para dar una prueba de generosidad, dotará á Elvira y buscará un marido para ella; esto es algo. Vuelve el jóven, Enrique le provoca, Alvaro se contiene, sofoca su ira, y no sin gran trabajo cumple lo prometido. Leoncia, que ha observado su resistencia, le da las gracias, y acaba el segundo acto.

Leoncia sabe al fin con todos sus detalles la infamia de su futuro esposo, y su hermano la entera del proyecto que tiene Enrique de dotar á Elvira y de buscarle un marido modelo de mansedumbre y de docilidad. La explicacion que tienen poco despues Leoncia y Enrique acaba de descubrir á aquella el depravado corazon de este, y en uno de esos momentos sublimes en que el sentimiento de la dignidad domina los demás, desprendiéndose de los lazos de cariño que la ligan á él, le hace bajar los ojos y le arroja de su casa de una manera ignominiosa.

Alvaro, que acecha la ocasion de vengarse, sale al encuentro de Leoncia. —Mátele Vd., exclama la irritada amante, mátele Vd.; y libre ya del compromiso que detenia su brazo, corre á buscar al seductor de su inocente hermana: así termina el tercer acto.

Mis lectores se figuran al empezar el cuarto, que van á presenciar un desenlace trágico: nada de eso, el drama se olvida de su tono y desgraciadamente se convierte en comedia, y comedia vulgar. Enrique y el hermano de Leoncia tienen ya preparado el marido que se proponen regalar á la jóven seducida; Leoncia, por su parte, tiene también su plan: el público es confidente de los primeros; el secreto de la segunda no lo sabe mas que el notario. La mujer que ha arrojado de su casa á su amante, vuelve á admitirle para pedirle el último favor. El escribano llega cuando están reunidos todos los personajes, y por orden de la viuda lee nada menos que dos contratos de boda: Leoncia se une con Alvaro, Elvira con Enrique, el marido de encargo desaparece ante la perspectiva del furor de una marquesa que acude en su busca á casa de Leoncia, y todo acaba como se ve de una manera pacífica.

Tal es el argumento del nuevo drama.

Los libros nuevos han escaseado en este mes, y tanto, que no puedo citar ninguna publicacion reciente, á no dar cuenta de tres ó cuatro folletos políticos.

Mes de poco, vispera de mucho; espérenlo así mis buenos lectores.

Para concluir, describiré el asunto del último cuadro del laureado artista don José Gisbert, que ya se ha colocado en el salon de sesiones del Congreso.

Es una obra magnífica; en él se ven las figuras siguientes:

En primer término, Doña Maria de Molina sobre las gradas del trono; delante de ella el rey niño; á su derecha un personaje, que por el vestido parece ser de sangre real; en el centro, en pié y como saliendo del asiento de los próceres, un guerrero, cuyo semblante se asemeja al Juan Bravo de los *Comuneros*; en el otro extremo un heraldo con ropa oscura y en actitud de gritar.

En segundo término aparece un obispo colocado de perfil detrás del trono, los próceres sentados y con vestiduras de distinto color, segun las categorías. Otro guerrero, vuelto hacia el heraldo, y que sospechamos sea un Ponce ó Guzman el que ha querido representar el pintor, por el *leon* que lleva sobre el coselete; despues el retrato del autor del cuadro, que ha tenido la buena idea de imitar á Zurbarán, Vandyck y otros célebres maestros, y por fin, en el extremo de la izquierda dos personajes de elevada alcurnia, por el puesto que ocupa el uno, que sostienen animado diálogo.

En el fondo hay una multitud de cabezas, picas y manos levantadas, en cuya colocacion y linea de dibujo resalta el sobresaliente mérito del pintor.

El mes de noviembre nos ofrece grandes novedades sociales, teatrales y literarias; veremos si nos cumple, y en ese caso cumplirá con vosotros vuestro cronista

JUAN DE MADRID.

Madrid 31 de octubre de 1863.

¡Dichoso el que tiene novia!

A MI AMIGO DON RICARDO SEPULVEDA.

¿Qué es lo que anuncia este titulo? ¿Bajo qué faz lo consideraremos? ¿Vamos á desahogar nuestro corazon envidiando á los que paladean las golosinas del amor, y á cantar en prosaicas elegias las tristezas de un corazon por alquilar y sin esperanzas de inquilinas, ó vamos á presentar de relieve, con esa contemplacion ansiosa que se confunde con la envidia, los cuadros de dicha y de felicidad que presentan al mundo á todas horas esos semi-dioses que pueden decir á boca llena, en pleno dia, y si conviene en plena noche, esa frase beatífica y sintética que encierra en sí realizadas todas las *réveries* que pueda crear la fantasia mas inagotable; esa frase consoladora y satisfactoria; esa frase que consta de dos palabras solamente, esas dos palabras que llevan á nuestros oídos dos sonidos dulcísimos, esos dos sonidos, en fin, que trasmiten al alma estas dos ideas archi-sublimes: *¡tengo novia!*

Decidiremos por esto último; y para ello empezaremos por ver lo que son las novias en relacion con las ideas del interesado.

A los quince años, la novia es un ensueño que nos interrumpe á veces el sueño de la noche, cuando un hálito suave y desconocido, el hálito del amor, empieza á batir sus alas misteriosas sobre nuestra frente.

A los veinte son una ilusion que se realiza, una verdadera dicha; para ellos se ha escrito en su genuina expresion el titulo de este artículo: *¡dichoso el que tiene novia!*

A los veinte y cinco ya no son mas que una distraccion.

A los treinta una conveniencia, por no decir una necesidad social.

A los cuarenta una fruta tardía.

A los cincuenta, la baba del amor, una aberracion, una *dicha* si se quiere, pero con letra bastardilla.

A mayor edad, tener novia es ya una planta exótica, que afortunadamente para el sentido comun, se contempla raras veces en los invernáculos de la humanidad.

Con las edades varian los tipos, varian los caracteres. El número de estos es infinito, se prestaría á una clasificación tan vasta como las de la historia natural... Tratemos de presentar algunos rasgos de las infinitas especies de este género.

Hay pollos que llegan á la mayor edad, ó que acaban la carrera, ó que heredan una fortuna pingüe, y que entonces para completar su personalidad se buscan una novia para hacerla pronto su mujer, lo mismo que se buscaron á su vez una levita cuando hicieron su entrada en la sociedad.

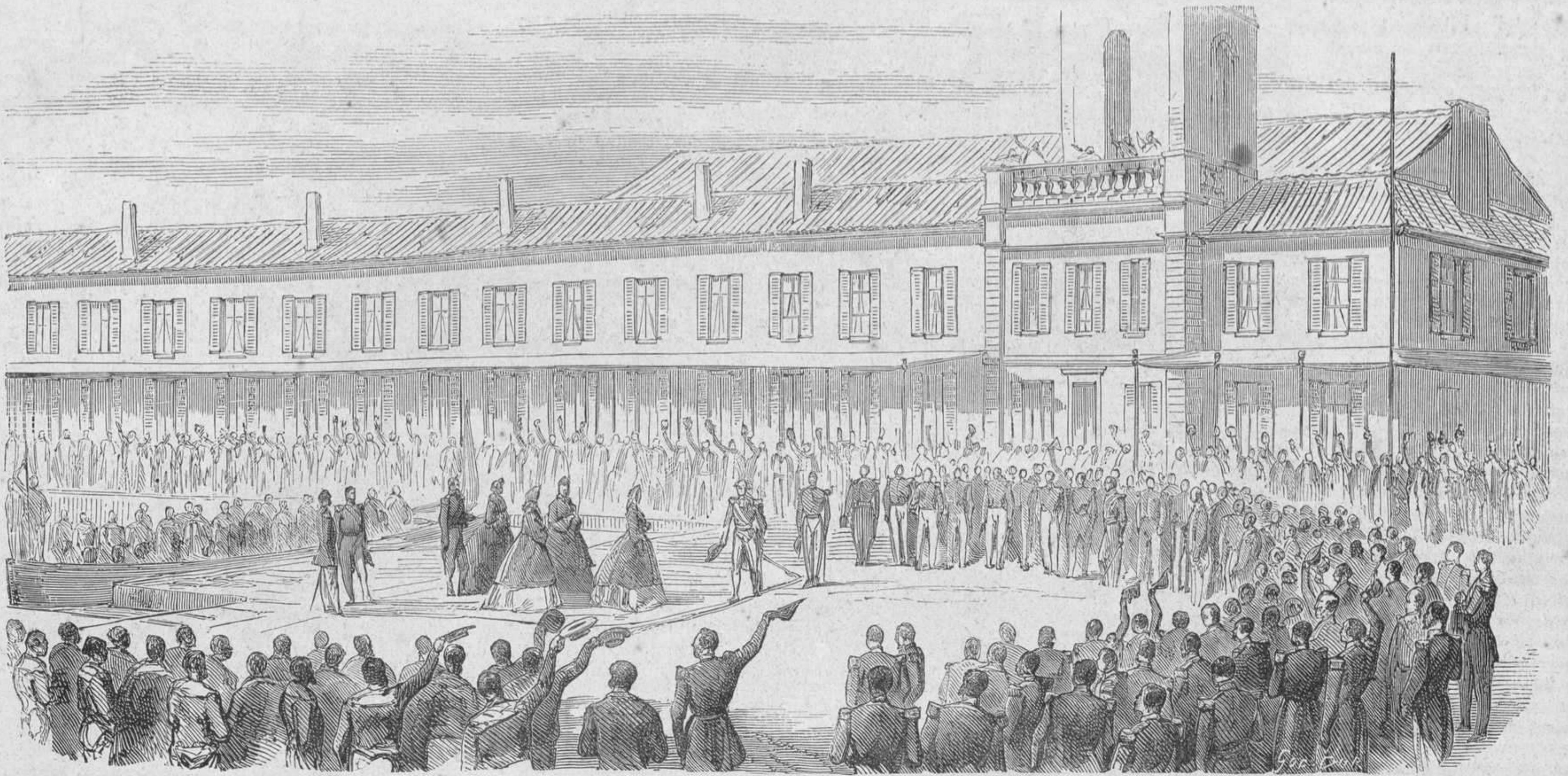
Estos hombres formales, estos novios de buena fe, buscan, quieren y encuentran á la novia con la cabeza, porque nunca han podido sospechar que fuese este asunto de corazon; son uno de los tipos mas excelentes, aunque menos abundantes de la raza; y nos atrevemos á recomendarlos á la benevolencia de las mamás, pues su negacion como novios los coloca mas tarde en la categoria de *maridos-ceros*, que marchando á la derecha de la *unidad* mujer, aumentan su valor maravillosamente.

Hay muchachos honrados, muchachos sencillotes, de buen corazon, pero de cortos alcances y de dineros cortos, que se enamoran de veras, y estos piden las novias á sus padres *para mas adelante*, y pertenecen á la clase que nosotros llamariamos de *novios in partibus*. Son muy engorrosos, son mariposas que tardan mucho en trasformarse y en quemarse en la llama del matrimonio; consumen á la novia en un purgatorio de esperanzas hasta que logran tener *con que* casarse, lo que muchas veces significa tener lo bastante para morir de hambre ellos, su mujer y sus futuros hijos. Compadecemos á las escogidas de los novios *in partibus*, pues de seguro algunas de ellas, contra todas reglas, tras el purgatorio en el noviazgo, hallarán, no la gloria, sino el infierno en el matrimonio.

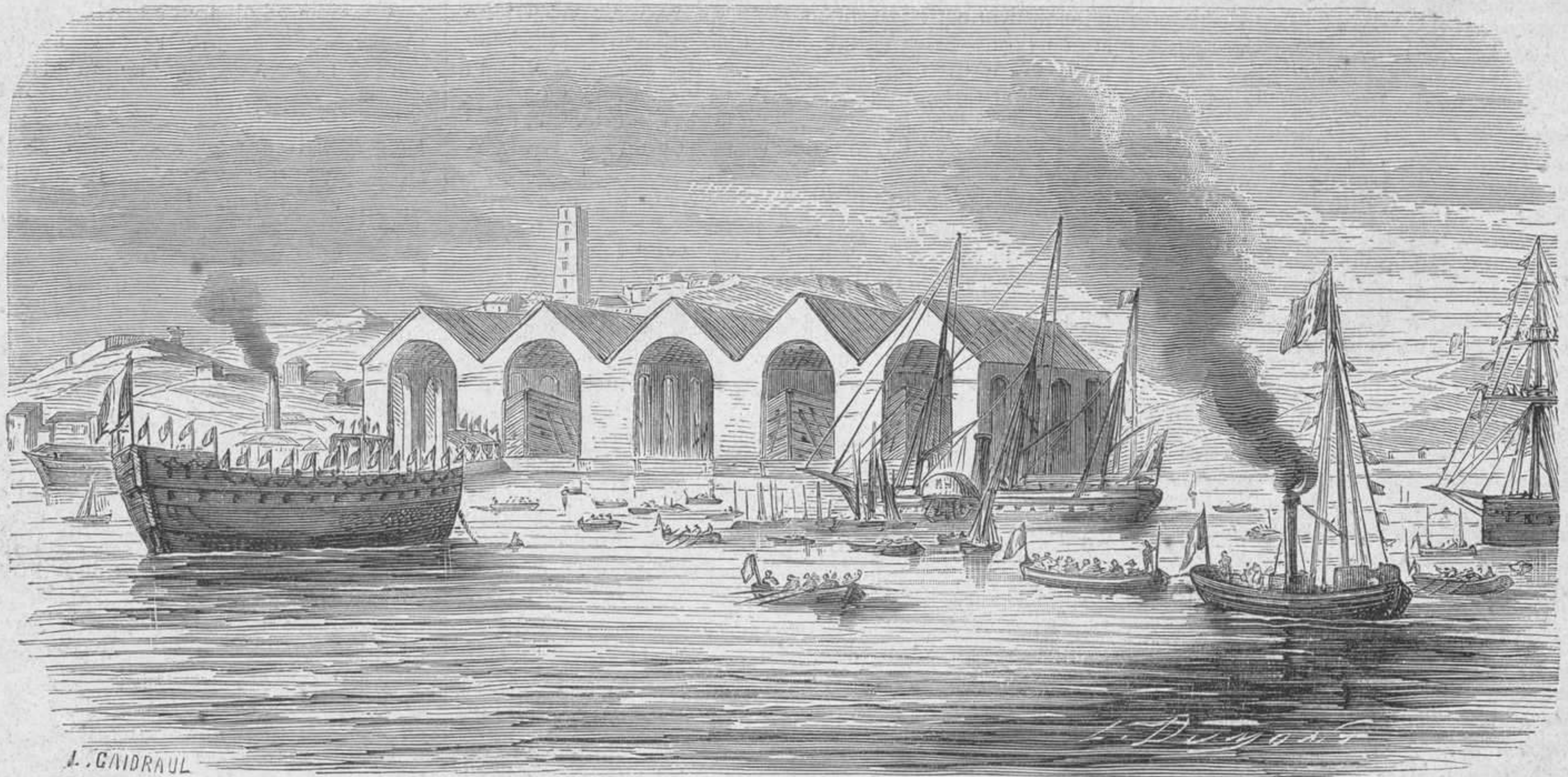
A estos novios los vereis un año, y otro, y otro... en los paseos, en las calles, en los espectáculos de segundo ó tercer orden, siempre media legua delante de los papas ó de los tíos, mirando ella la representacion en los ojos de él, si están en el teatro, ó tomando por cada arropa de miradas y de suspiros una cucharadita de sorbete, si está en el café, aunque fuese ella capaz de tragarse á solas en dos minutos la botillería con todos sus accesorios. En fin, solo os añadiré que estas parejas me recuerdan involuntariamente aquella conocida sentencia: *Quos Deus vult perdere... prius dementat*.

Existe también el *novio tonto*, y esta es fruta abundante en todos los paises; el novio tonto presume de buen mozo, estropea el francés, monta á caballo, frecuenta el tiro de pistola, y á la primera mujer que mira, seguro ya del éxito de su belleza, la llama *su novia* á boca llena, la hace señas á la segunda vez de verla, se enamora antes de haberla visto, y si su estupidez arranca una risa á la graciosa belleza, la interpreta al punto como el delicioso *si* que la constituye en una victima nueva inmolada en aras de sus irresistibles atractivos.

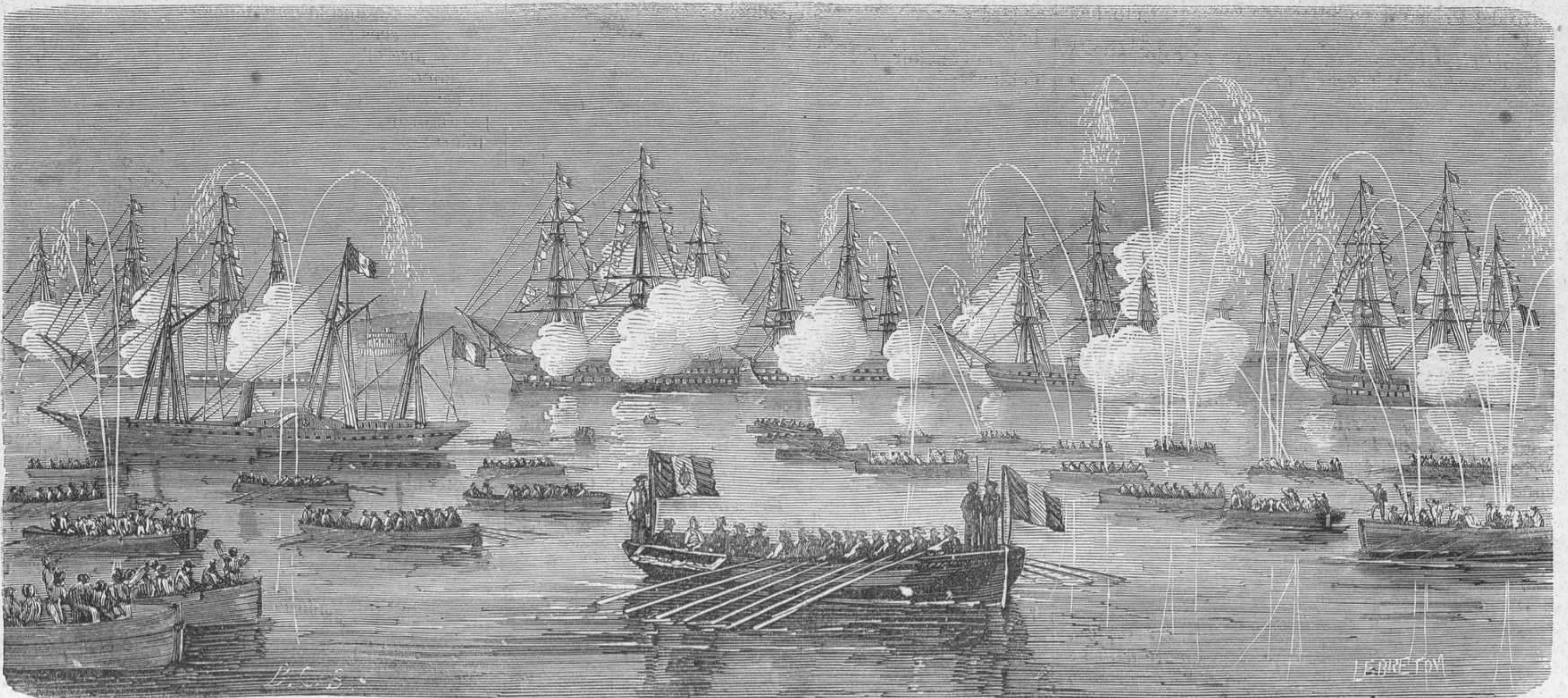
Al *novio plural*, que tiene muchos puntos de contacto con el anterior, lo vereis á un mismo tiempo en cincuenta partes distintas, saluda á una, sonríe á otra, tose á esta y escupe á aquella... es un pequeño Maquiavello, y prosigue su triunfal carrera de jugar á la novia, hasta



Recepcion de S. M. la emperatriz en el arsenal marítimo de Tolon.



Paseo de S. M. por la rada despues de votada al agua la fragata la Provence.



Zafarrancho de combate de fuego ejecutado delante de S. M. la emperatriz.

que topa con una que es hermana de algun militar ó sobrina de algun abogado, y entonces, mitad por temor, mitad por remordimientos, al fin el odio á los leñazos lo convierte en leño para el matrimonio, aunque algo humedecido y chisporroteante.

Pero el *novio temible*, el *novio tigris*, el novio que señalamos á toda la intolerancia paternal, pues aqui no basta la maternal, es el novio seductor, variedad que por desgracia se encuentra en todas las clases de la sociedad. Este, como algunos reptiles venenosos, lame para envenenar, su contacto emponzoña, su hipocresia subleva, habla de sentimientos cuando solo busca la sensacion, habla de alma cuando no tiene mas que cuerpo... y sus palabras de amor y sus preliminares de ternura son como los circulos que describe el sangriento milano antes de arrojarle sobre su tímida é indefensa presa. Por honor á la juventud, quisiéramos horrar las antecedentes líneas... Pero no; sean ellas al menos la denuncia de esos hombres, ya que en las costumbres de la sociedad y en los códigos penales no se encuentra un castigo suficiente para semejantes monstruos. ¡A cuántas infelices habeis desviado de los caminos de la honradez y de la virtud para hundirlas en los informes sentinares

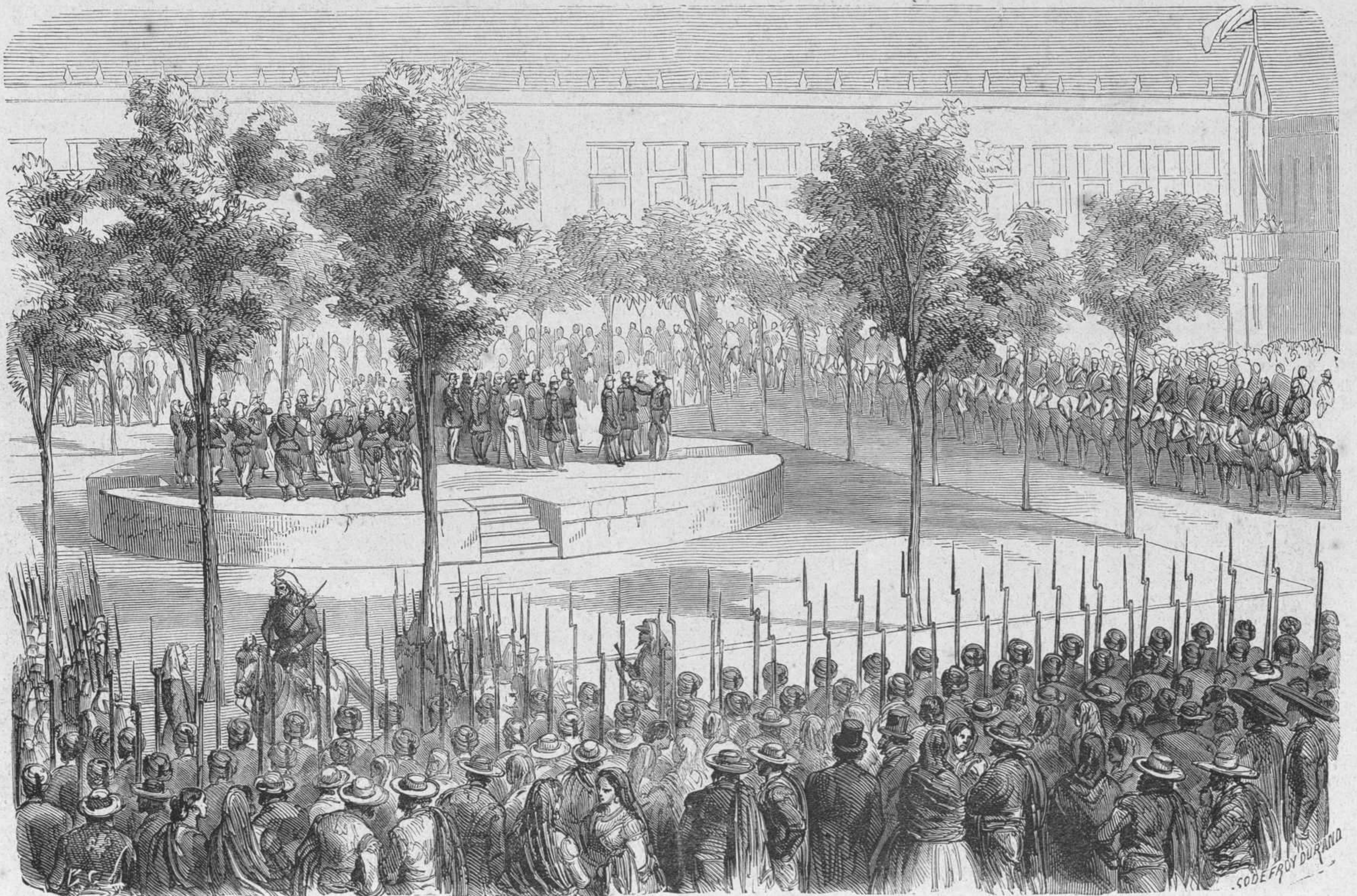


Un aguacero en Méjico.

del vicio y de la prostitucion!...

Pero dejemos esto que es demasiado trágico, y pasemos á un tipo cómico, al *novio externo* ó *falso novio*. Este, si le escuchais, ha tenido desafíos á millares, ha matado mas gente que el cólera, ha perdido de amor á centenares de distinguidas jóvenes, á quienes designa con sus nombres y apellidos, y tiene su escritorio atestado de retratos, cabellos, cintas, pañuelos, cartas y carteles, que os enseñará á la fuerza, que os meterá por los ojos aunque no le desmintais, aunque le afirméis que basta su palabra para que creais como verdades de fe todas sus narraciones. Este tipo es muy divertido cuando no se toma por lo serio, y si pudiéramos, lo sacariamos á pública licitacion como el mejor antidoto contra el *spleen*.

Hay tambien el *novio bobalicon*, ese ente con tanto chiste presentado por los caricaturistas franceses, que cuando novio es plato de segunda mesa y cuando marido de tercera, que mira adelante cuando su mujer se vuelve para mirar atrás.... que es amigo de los amigos de su mujer, tipo inocente, tipo trasnochado, anacronismo en un siglo en que el amor dispone de telégrafos y de ferro-carriles, tipo en fin, que debió florecer tan solamente en aquella edad de color de rosa de los



El mariscal Forey entregando las insignias de la Legion de Honor á los oficiales superiores del ejército franco-mejicano.

primeros poetas de la Grecia. — Otro sí: hay el *espantavios*, tipo odioso, traidor de drama, que es a los novios lo que las zorras a las gallinas, que a falta de virtudes propias va sacando al sol las debilidades ajenas, que se complace en sembrar discordias, y en nublar los celajes del amor, síntesis de la inoportunidad y de la malicia... mas a esta clase debemos cerrarle la puerta de nuestro gabinete.

Hay además... ¿pero adónde iríamos a parar si hiciésemos pasar ante los cristales de nuestro observatorio a tanto enjambre de novios de tantas y tan diversas cataduras como liban y zumban en la inmensa colmena de la creación?

Pasad, pasad, seres envidiables, seres privilegiados, que teneis la dicha de haber encontrado vuestra media naranja... ¡Bienaventurados del amor, yo os saludo!...

Y vosotros, hombres tímidos y sensibles, pobres de espíritu y de corazón, que creéis en el amor tal como lo definen los poetas y los diccionarios; que teneis la desgracia de enamoraros de una mujer en toda vuestra vida, y de que ella se ria de vuestra candidez; vosotros a quienes tiemblan los labios cuando van a expresar lo mas recóndito de vuestra alma; que teneis la fatalidad de amar para vosotros mismos, en el santuario de vuestro corazón, y la preocupacion de ocultarlo al mundo para no servir de pasto a su insaciable algarabía; vosotros que bajais los ojos y que murmurais con amargura: *¡no tengo novia!* ocultad vuestra presencia y vuestras pequenezes tras los bastidores, porque teneis prohibida la entrada en el escenario de la comedia social...

Para vosotros, a cuyo número pertenezco, no se han trazado estas pobres pinceladas; acompañadme pues en mi peregrinacion por las tinieblas; contemplad desde allí la luz y la magnificencia... admirad a esos corifeos del amor, y postrados de hinojos ante ellos, gritad con toda la fuerza de vuestra envidia y de vuestros pulmones: *¡Dichoso el que tiene novia!*

R. MOLY DE BAÑOS.

Expedicion á Méjico.

La estacion de las lluvias que duraba aun a la fecha de las últimas noticias, y que convierte a Méjico en un verdadero pantano, condena a los franceses a un descanso forzoso; por consiguiente, los hechos de guerra dan poco alimento a esta crónica dibujada y escrita. En cambio, hé aqui la representacion de una gran fiesta para el ejército francés que vió recompensar el domingo 30 de agosto a sus jefes mas simpáticos. Las tropas se habian formado en masa en la plaza Mayor de Méjico, en medio de la cual se eleva una plataforma circular que sin duda espera una estatua. El mariscal Forey rodeado de su plana mayor, se colocó en ese punto culminante, y entregó a los generales Bazaine y Neigre, así como al coronel Maneque, las insignias de su nueva promocion en la órden de la Legion de Honor. Todos los semblantes brillaban de júbilo al ver que se recompensaba en sus dignos jefes a todo el ejército.

El segundo dibujo ofrece el aspecto de una calle de Méjico en un día de aguacero. Aunque las lluvias sean diarias en la estacion a que nos referimos, de tiempo en tiempo sobrevienen esos aguaceros que convierten a las calles bajas y mal empedradas en verdaderas lagunas.

V. P.

Revista de Paris.

Los sucesos políticos han absorbido en la semana que acaba de trascurrir toda la atencion pública. El discurso pronunciado por el emperador Napoleón en la apertura de las Cámaras anunciando un congreso, para el cual se han dirigido a esta hora cartas de invitacion a diferentes soberanos de Europa, tiene ocupados los ánimos en Paris de tal manera, que no se piensa mas sino en las probabilidades de realizacion con que cuenta esta idea. El plan seduce tanto a los parisienses, que con mucha facilidad se inclinan a creer que tendrá efecto; y de tal modo es así, que ya se está tratando de la cuestion de las residencias. Las Tullerías, el Palacio Real, el del Eliseo, el grande y el pequeño Trianon, el palacio de Saint-Cloud, los de Fontainebleau, Rambouillet y Meudon se juzgan suficientes para dar la hospitalidad a los huéspedes coronados. ¿Qué de programas de fiestas y regocijos bullen ya en todas las cabezas! El asunto, a decir verdad, no es para menos. Un congreso que debe arreglar una vez por todas las cuestiones pendientes en el mundo, asegurando así una paz inalterable para lo futuro, mereceria efectivamente agasajos nunca vistos, fiestas sin ejemplo. Sin embargo, no adelantemos tanto las cosas; esperemos las adhesiones de los soberanos convidados, y en su vista, los castillos que hoy se levantan en el aire quizá vengan a tomar una base consistente.

El discurso imperial ha dado tambien a conocer una resolucion de gobierno interior que entra de lleno en el cuadro de nuestras crónicas. Se trata de la abolicion de los privilegios exclusivos a que están hoy sujetas las empresas teatrales. En lo sucesivo el teatro será una industria libre, y cada cual podrá hacerse empresario si lo tiene por conveniente.

El mundo literario ha recibido con júbilo esta noticia. En el día se cuentan en Paris veinte y cinco teatros, y es seguro que una vez planteado el nuevo sistema, esa cifra llegará a ser doble. El autor dramático que hoy se ve precisado a mendigar la

audiencia de un señor empresario que tenga a bien escuchar la lectura de su manuscrito, verá de repente que se cambian los papeles, y que el soberbio director vendrá a llamar humildemente a la puerta de su casa. No hay duda que muchos de los nuevos teatros que se proyectan ya sucumbirán al cabo de una experiencia mas ó menos larga, mas ó menos costosa, pero siempre quedarán algunos, y la competencia será un estímulo altamente favorable para los que hoy existen. La prensa toda ha elogiado esta medida, y nosotros la aplaudimos tambien sin reserva.

Tenemos que contar ahora, ya que de teatros hablamos, la historia de una buena fortuna de un célebre actor de Paris, cuyo nombre debemos callar cuidadosamente, pues el carácter de la aventura así lo exige.

Este actor representaba el invierno último un drama en donde se halla pintado el amor con los colores mas violentos; y el efecto que producía, sobre todo en las señoras, era extraordinario.

Ahora bien, en la época de que hablamos, y al otro día de una representacion de este drama, una jóven que ignoraba completamente las realidades de la existencia, exaltada por el prestigio que rodea siempre a las celebridades artisticas, y dominada por ese impulso poético que un corazón sencillo suele confundir muchas veces con el amor, escribía y dirigía al cómico una declaracion en toda regla, a cuyo pié le daba una cita en el jardin del Luxemburgo.

«Quiero absolutamente hablar con Vd.,» decia en propios términos la ardorosa esquila.

El actor no se engañó sobre la naturaleza de esta cita, pues todo en la carta, desde el entusiasmo del estilo hasta la clase de la letra, descubria un perfume de inocencia muy fácil de reconocer.

Bajo este concepto, comprendió cuál era el papel que tenia que desempeñar, y se dirigió al Luxemburgo bien resuelto a apaciguar cuanto pudiera aquel novelesco extravío de una imaginacion de diez y ocho años.

A la hora prefijada entraba en el jardin, habiendo tenido la precaucion de llevar en su compañía a su hijo mas pequeño, que confió a una criada encargándola permaneciese retirada un rato.

El que no habia visto al actor mas que en las tablas, no habria podido reconocerle con los atavíos que de intento llevaba encima. Al distinguirle envuelto en un leviton pardo que le llegaba a los talones, cubierta la cabeza con un sombrero raído, se le habria tomado por un tendero de comestibles retirado de los negocios; y así sucedió que habia pasado y repasado varias veces por delante de la jóven sin que parase su atencion en él, pues sin duda no se figuraba ni por asomos que aquel grave personaje de cabello cano fuese el arrogante mozo que esperaba.

Entre tanto el cómico tuvo tiempo para examinarla a ella detenidamente; era una jóven hermosa, alta y esbelta, de una blancura deslumbradora y de una pureza inmaculada. En su actitud, en su mirada medio velada y en la expresion de sus suaves facciones habia todo un poema.

El actor se acercó a ella, y con su voz que penetra hasta lo mas íntimo del alma, la declaró su nombre.

Al oír este nombre la jóven se estremeció.

Efectivamente, la pareció reconocer el acento... pero aquella vestidura, aquella traza, aquel cabello canoso, aquel rostro pálido y surcado de arrugas, todo eso la causaba una especie de vértigo, y no podia volver en sí de su sorpresa.

El cómico adivinó su pensamiento.

— ¿No es verdad, señorita, que en la calle soy otro hombre? ¿Qué quiere Vd.! Nosotros los artistas perdemos ciento por ciento siendo vistos de cerca. Necesitamos las luces, las decoraciones, la ilusion del escenario.... y despues, pero esto debe quedar entre nosotros...

El cómico se interrumpió, y al cabo de una pausa añadió en tono muy bajo:

— Tengo cincuenta años en la vida real... ¡cincuenta años!... Por Dios, no vaya Vd. a descubrirme, confidencia por confidencia; cada uno de nosotros dos tiene su secreto...

La jóven se sonrojó, y el actor continuó diciendo:

— Es Vd. jóven y hermosa, pertenece Vd. a una familia distinguida, y por lo tanto hallará Vd. en la sociedad un hombre digno de ser su esposo, con quien será Vd. muy feliz y muy considerada... Cuando llegue este caso, acuérdesse Vd. del anciano actor... mas tenga Vd. cuidado, no vaya Vd. a olvidar que solo soy un viejo para usted.

Dos lágrimas asomaron a los párpados de la jóven, y se deslizaron lentamente a lo largo de sus mejillas.

— No hay que desanimarse, señorita; aquí tiene Vd. su carta, hágala Vd. pedazos, y ahora, dé Vd. un beso a mi hijo en muestra de que le desea Vd. tanta felicidad como yo a Vd. la deseo.

Y a una señal del padre el niño corrió dando brincos.

La jóven se inclinó, y separando los rizos que cubrian el rostro del travieso pequeñuelo, le dió un beso y desapareció inmediatamente.

Todavía no ha pasado un año desde que acaeció la aventura.

El actor no se acordaba ya de semejante cita, cuando hé aquí que hace pocas mañanas un lacayo vestido de librea aparece en su gabinete y le dice:

— Pido a Vd. mil perdones por venirle a incomodar a estas horas, pero mi señorita me ha dado órden de entregar a Vd. en propias manos este billete.

El cómico rompió el sello que traía estampado un elegante escudo de nobleza, y halló una invitacion para asistir a una boda que debia celebrarse aquel mismo día en la iglesia de San German de los Prados.

En el sobre de esta carta se leía: «La jóven del Luxemburgo a su anciano actor.»

El anciano actor no faltó a la ceremonia.

Apenas habia tomado asiento en el coro de la iglesia, cuando vió a su bella conquista dirigiéndose al altar acompañada de un elegante jóven...

La novia parecia haber olvidado completamente al célebre actor, pues pronunció el sí con ese acento que indica que lo que dice la boca lo confirma el corazón.

No ha tardado pues en cumplirse la profecía del afamado cómico.

Hace algunas semanas anunciábamos en estas revistas un descubrimiento que la masa del público francés ha tomado por una burla, pero que en realidad es objeto de experimentos muy curiosos que se llevan a cabo en Inglaterra y en América. Trátase de la posibilidad de procurarse la imagen de un asesino que se sustrae a la accion de la justicia, sacando lo mas pronto posible despues del crimen la marca fotográfica de los ojos de la víctima.

El doctor Sandfort, de Boston, ha hecho sobre esto una prueba considerada como decisiva, con motivo del asesinato de un tal Beardsley.

Hé aquí su procedimiento:

Comenzó por desarrollar la pupila mediante una solucion de belladona, y luego la pupila fotografiada fué examinada al microscopio, que denunció la figura, los vestidos del asesino y hasta los guijarros que le rodeaban, y con los cuales perpetró su crimen.

Las ventajas del microscopio tan útilmente empleado como auxiliar de la fotografia se acaban de extender de un modo extraordinario. En una reunion habida en Lóndres se ha mostrado un microscopio, por medio del cual un huevo de mariposa parecia tener ocho piés de diámetro. El telégrafo, la cámara oscura y el microscopio, hé ahí tres gendarmes de reciente invencion que habrán de poner en apuros a los asesinos.

Falta nos hacen en verdad estos nuevos agentes de seguridad pública. No ha muchos días se ha publicado en Paris una obra curiosa entre las mas curiosas, que se titula *el Mundo de los tunantes* (le Monde des coquins) donde hay datos estadísticos de criminalidad muy propios para que se deseen refuerzos de gente destinada a perseguir a los malhechores. Si el lector quiere saber cuántos crímenes contra la propiedad se cometen cada año, le diremos que su número asciende a ciento setenta y cinco mil setecientos.

Contra las personas, el librito en cuestion nos da esta cifra: treinta y un mil novecientos.

Esto sin contar las difamaciones, las biografías, las quiebras ó los robos menudos que la justicia olvida ó descuida; sin contar ciento cuarenta y seis millones al año para limosnas forzosas ó voluntarias; sin contar en fin setenta millones doscientos mil francos para el mantenimiento de los tunantes.

Este mundo famoso necesita un ejército entero y verdadero para que no se nos arroje encima y nos devore. Le forman:

Treinta y cinco mil guardas campestres;
Treinta mil guardas particulares;
Treinta mil aduaneros;
Quince mil gendarmes;
Diez mil guardas forestales;
Tres mil comisarios de policía;
Tres mil jefes cantoneros con sus regimientos de peones.

Hay además: puestos militares, guardias nacionales, guardias municipales, cabos y auxiliares; un ministro de la Justicia, un ministro del Interior y un prefecto de policía; ochenta y nueve prefectos, trescientos setenta subprefectos, treinta y ocho mil alcaldes, tres mil jueces de paz, dos mil quinientos magistrados, presidentes, vicepresidentes, jueces de instruccion, procuradores generales, sustitutos, escribanos, alguaciles; tres mil quinientos jurados anuales, treinta y ocho mil salas de policía, tres mil casas de depósito, tres mil salas de seguridad de gendarmería, trescientas sesenta y dos casas de detencion, sesenta y ocho casas de justicia, veinte y siete establecimientos centrales de correccion, ochenta y seis verdugos y sus ayudantes, tres presidios, doce cárceles de Paris, depósitos de mendicidad, refugios, asilos, colonias de jóvenes detenidos, carceleros, vigilantes, celadores, y todo esto para doscientos mil tunantes que se hallan esparcidos en toda la Francia. Finalmente, no entran aquí unas trescientas mil contravenciones de policía!

Hé ahí una estadística capaz de estremecer al mas pintado.

Por lo demás, repetimos que toda la vigilancia es poca para contrarrestar la ingeniosa osadía de los ladrones. Hé aquí un ejemplo que es quizá el único en su clase, y que tomamos del *Sport* de esta semana.

Un ladrón cuya causa se está instruyendo en el día, por lo cual debemos callar su nombre, obligado a confesar sus fechorías, exclamaba dirigiéndose al magistrado encargado del proceso:

— Con lo que está probado me van a caer encima veinte años de cadena, ¿no es verdad? Pues bien; si Vds. saben mucho, no lo saben todo, y puede Vd. añadir a mi causa un robo con efraccion cometido en casa de M. de Beauchesne, en el Conservatorio de artes y oficios.

Nunca se habia oído hablar de este robo, y lo mas peregrino es que preguntan a M. de Beauchesne, y este responde que no ha sido robado.

— Pues el hecho es cierto, dice el procesado picado en lo vivo. Que me devuelvan el martillo que figura entre las piezas de conviccion, que me lleven a casa de M. de Beauchesne, y yo le mostraré dónde, cuándo y cómo le he robado.

En efecto, el ladrón bien escoltado pasa al domicilio de M. de Beauchesne.

— Entremos en el gabinete, exclama, donde hay un escritorio a la izquierda de la chimenea.

Entran en el gabinete y encuentran el escritorio cerrado.

— Voy a decir a Vds. cuál es su disposicion interior.

Y con asombro de M. de Beauchesne, describe con toda minuciosidad el interior del mueble.

— Le abriré y le cepearé delante de Vd., continúa el ladrón, como hice el día que vine aquí en calidad de carpintero para ejercer mi oficio.

Con la extremidad del mango de su martillo opera una presion en el tablero del escritorio, le abre y dice volviéndole a cerrar:

— Ya ve Vd. que no es muy difícil.

— Muy bien, respondió M. de Beauchesne, su habilidad de usted está fuera de duda; pero esto no prueba que me haya usted robado.

— Echemos cuentas; ¿no habia en un cajoncito de este mue-

ble quinientos francos? Pues ha de saber Vd. que tomé ciento cincuenta; hoy me arrepiento de mi discreción, pero ignoraba que Vd. no contaba su dinero.

¿Quién puede con malhechores de esta especie?

Las obras nuevas se suceden á porfía en los teatros. Esta semana hemos tenido la primera representación de una ópera importante, los *Trojanos*, cinco actos con un prólogo, libro y música de M. Hector Berlioz.

Hector Berlioz es uno de esos hombres llenos de fe en su inteligencia, que luchan con obstinación sin tregua ni descanso por conquistarse un puesto glorioso entre sus contemporáneos. La ópera recién estrenada en el Teatro Lírico, es sin duda alguna la más considerable de todas sus tentativas. El argumento es bien conocido: los amores de Eneas y de Dido, que el célebre compositor no ha querido exornar con acción alguna. El prólogo principia por una pieza que M. Berlioz llama un «lamento» instrumental. Duos de amor, cantos belicosos, marchas triunfales se suceden en estos cinco actos, cuyo carácter general es una solemnidad sostenida desde el principio hasta el fin, por medio de combinaciones armónicas más ó menos estrepitosas. Es una música estudiada, corregida y docta, que pretende abrir al arte nuevos horizontes, y que desgraciadamente solo lisonjea el gusto de unos pocos. La obra sin embargo ha gustado, y á que haya sido así han contribuido poderosamente los cantantes, y entre ellos principalmente madama Charton, que ha desempeñado con nobleza el papel de Dido, ostentando al propio tiempo su hermosa voz y su canto puro y correcto. Monjauze estuvo inimitable en el papel de Eneas.

MARIANO URRABIETA.

Los ojos azules.

Azules son, dulce niña,
Los ojos que te dió el cielo,
Tan azules que parece
Que se está mirando en ellos.

Tus ojos, sin ofenderte,
Puedo decir que son nuestros:
Tú los tienes en la cara,
Y yo en el alma los llevo.

Dices que son todos tuyos,
Voy á ver si te convengo:
Tú con ellos miras siempre,
Yo por ellos siempre veo.

No hay tribunal que sentencie
A tu favor este pleito,
Porque quitarme tus ojos
Es más que dejarme ciego.

De esperanza es el color
Que en tus ojos puso el cielo:
Mirar es decir «espera;»
Me miraron y yo espero.

Si me engañan esos ojos
Que tienen fama de bellos,
Yo diré que me engañaron,
Y el engañar ¡es tan feo!

Como asoman las estrellas
Por el azul de los cielos,
Así asoman por tus ojos
Tus hermosos pensamientos.

Si afirmas que no me quieres,
Yo lo contrario sostengo,
Para que tan bellos ojos
No queden por embusteros.

Míralo bien, pues con ojos
Tan claros, bien puedes verlo,
Que los ganas si los gano,
Que los pierdes si los pierdo.

Azules son, dulce niña,
Los ojos que te dió el cielo;
Guarda el alma pura, y siempre
Se estará mirando en ellos.

JOSE SELGAS.

Dos de noviembre.

Tomo la pluma lleno de una extraña curiosidad: quisiera saber qué hay en el fondo de mi tintero.

Lo tengo delante y me asomo á él como pudiera hacerlo á la boca de un pozo. Todo lo que distingo es oscuro.

Apenas tiene mi tintero dos pulgadas de profundidad, y me parece que estoy asomado á la boca de un abismo.

Es singular. ¿Qué cosas se ven donde no hay nada que ver!

¿De dónde sale esa multitud de figuras, de colores, de dibujos que se ven siempre que cerramos los ojos?

¿Cómo vemos todas esas cosas invisibles?

¿Qué especie de mundo es ese que solo se revela á nuestros ojos cuando los cerramos?

La curiosidad tiene su luz y sus colores, como el silencio tiene sus ruidos y sus armonías.

¿Qué cosas se oyen durante el silencio de una noche muda! ¡qué cosas se ven en la inmensidad de una noche oscura!

El hombre explica todos los fenómenos de la naturaleza; se da razón de las nubes, de las montañas, del cielo y de la tierra.

Ha sorprendido el camino de las estrellas, y sabe con prodigiosa exactitud á dónde van, de dónde vienen, cuando se acercan y cuando se alejan.

El mundo exterior se abre á sus ojos como un libro que se sabe de memoria; pero cierra los ojos y se tapa los oídos, y todo le es desconocido.

Dentro de sí mismo no sabe lo que hay.

No puede explicar lo que ve cuando cierra los ojos, y le ha llamado oscuridad; no puede repetir lo que oye cuando se tapa los oídos, y le ha llamado silencio.

La razón humana resuelve muchas veces las cuestiones más arduas con una palabra: con un nombre suele salir de sus más terribles apuros.

La nada, la oscuridad, el silencio, el tiempo, la eternidad y lo infinito, son otros tantos centinelas que les están gritando siempre: atrás.

La inteligencia es una luz que se apaga al llegar á estos límites, como una antorcha que se sumerge en el agua.

Extraña prisión: la nada nos cierra el paso, la oscuridad nos oprime, el silencio nos aturde, el tiempo nos empuja, la eternidad nos sostiene y lo infinito nos abruma.

Todo esto encuentro yo en el fondo de mi tintero: la tinta cae sobre el papel como un velo de luto; las letras se combinan misteriosamente y me gritan con una voz que solo entra por los ojos:

«Hoy es el día consagrado á los difuntos.»

Hoy, como debiera decirse entre la gente de buen tono, es el día en que los muertos reciben.

La Iglesia viste de negro, las campanas doblan y los cementerios se abren.

Hoy es el día de las ofrendas fúnebres.

Extraño contraste: hay una flor que nunca muere, y ella es la que se coloca en el último asilo del hombre.

Un ramo de *siemprevivas* adornando la losa de un sepulcro, parece que quiere decir: la muerte es inmortal.

Delante de una sepultura necesita el cadáver despojarse de todos los atavíos de la vida.

Así como al entrar en una casa fastuosa dejamos á la puerta la capa, el paraguas y los chanclos, de la misma manera dejamos á la puerta del sepulcro el nombre, los títulos y los honores con que hemos hecho el viaje de la vida.

Es todo lo que puede hacer la vanidad humana.

Las puertas de la eternidad son demasiado estrechas para que pueda pasar el orgullo de los hombres, y la vida al escaparse cuelga delante del sepulcro los harapos de nuestra soberbia.

Apenas hay un nicho que no publique en letras de oro esculpidas en un pedazo de mármol: Aquí yace el Excmo. señor D. N., marqués, conde ó duque, condecorado con varias cruces, orador elocuente, general invencible, ó ilustre publicista.

En los cementerios de Madrid, rara es la losa que no representa un catálogo de títulos, honores y distinciones: parece que solo mueren los grandes hombres, las grandes dignidades y las grandes virtudes.

Los cementerios son aquí una especie de libros en los que cada hombre tiene una página donde estampar el oropel de sus vanidades.

También en los cementerios hay para la podredumbre mantos de púrpura, honores y grandeza.

La muerte que hace iguales á todos los hombres, no ha podido echar su nivel sobre las sepulturas.

La ciudad de los muertos no se diferencia mucho de la ciudad de los vivos.

Dentro del recinto de un cementerio los despojos mortales se disputan como los hombres de la ciudad el terreno, los mármoles y el oro.

Nadie se atreverá á decir que un muerto vive, y sin embargo paga un muerto el alquiler de su sepulcro como un vivo el de su casa.

Cada vecino, lo mismo en la ciudad que en el cementerio, *vive* con arreglo á su fortuna.

Es inútil morir para huir de ese enemigo del hogar doméstico, que se llama casero, porque un cadáver es también un inquilino, y morir no es más que cambiar de casa.

Registrando bien, lo mismo se encuentran corazones podridos en los cementerios que en las ciudades.

No hay necesidad de ir á recorrer las solitarias calles de los cementerios para encontrar sepulcros. Todo hombre es la sepultura de un niño, todo anciano la sepultura de un joven. En la frente de cada uno de ellos pueden leerse estos epitafios: Aquí descansa la inocencia. Aquí yace la juventud.

Mirad esas mujeres que han sido hermosas, que todavía se presentan coronadas de flores como las sepulturas en el día de los difuntos: ellas no son más que sepulcros blanqueados; en ellos está enterrada la hermosura.

Un pretendiente es el cadáver de un empleado. Las antecelas de las secretarías son cementerios donde los cesantes esperan la resurrección de sus carnes.

Un cambio de ministerio es casi siempre un día de difuntos.

Ese ancho cauce que pasa por Madrid escondiéndose de la población, ¿qué es más que la sepultura donde están enterradas las aguas del Manzanares?

Por cualquier parte que se mire se ve escrito sobre la arena: Aquí yace el río.

¿Qué mesa de café no habrá servido de losa funeraria á la honra de alguna mujer?

Los recuerdos, esas misteriosas palpitaciones de la memoria, no son más que epitafios que vienen á decirnos: Aquí tienes enterrada una alegría, aquí yacen los despojos de una esperanza, aquí hay sepultado un desengaño, aquí esperan la resurrección los restos de una venganza, aquí descansa un deseo malogrado, aquí duerme para siempre el cadáver de una ocasión perdida.

El cuerpo, este edificio en que nos vemos prisioneros, no es otra cosa que un miserable nicho en el cual está el alma sepultada.

¿Qué es el diccionario de la lengua más que un cementerio de palabras, cuerpos sin alma que están allí colocados en orden con sus respectivos epitafios esperando resucitar al soplo animador de un pensamiento?

¿El que sabe griego, qué es más que el sepulcro de una lengua muerta?

Toda la tierra es un vasto cementerio. Al cabo de seis mil años sería imposible poner el pie sobre un lugar que no hubiera sido ya una sepultura.

Los cementerios que hoy nos llaman no son otra cosa que colecciones modernas de los últimos muertos.

El último asilo del hombre no vive más que el hombre mismo.

El tiempo, ese es el gran sepulcro que todo se lo traga.

Su epitafio es invariable, porque el cadáver que encierra es siempre el mismo: la humanidad.

En vano esas lápidas labradas y esos epitafios pomposos quieren perpetuar la memoria de una vida que ha concluido. En vano es escribir un nombre que ha de borrarse con la misma facilidad que borra la muerte la mirada en los ojos de un moribundo.

La humanidad viene á oleadas, y al estrellarse contra los mármoles de los sepulcros, deja sobre las losas por todo recuerdo un poco de espuma que hierve un instante y se disipa.

Dios le dijo al Océano: de aquí no pasarás, y en vano se empuja tumultuoso sobre las playas, y en vano azota los peñascos que le cierran el paso.

De la misma manera Dios le ha dicho á la soberbia humana: de aquí no pasarás, y en vano confía á la piedra la memoria de su nombre.

El olvido, el negro olvido, ese velo profundo que viene detrás de todas las glorias y de todas las grandezas humanas, cae también sobre las sepulturas.

Solo hay una voz que lo rasga, y es el sonido triste de las campanas que doblan en el día de difuntos.

Es la voz de todas las generaciones juntas que vienen á pedirnos un santo recuerdo y una benéfica oración.

Este es el día en que la religión nos acerca á las puertas de la eternidad para que llevemos nuestras ofrendas.

Los cementerios están cerca de las ciudades, y sin embargo no hay un vivo que no se crea muy lejos del cementerio.

Hoy hemos ido. ¿Cuándo nos llevarán!

JOSE SELGAS.

El rey de los helenos en Tolon.

El rey de los helenos, después de haber estado en París, marchó á Tolon, donde fué recibido con toda solemnidad por el conde Bouet de Villaumez, prefecto marítimo. Hé aquí lo que escriben de Tolon con fecha 24 de octubre:

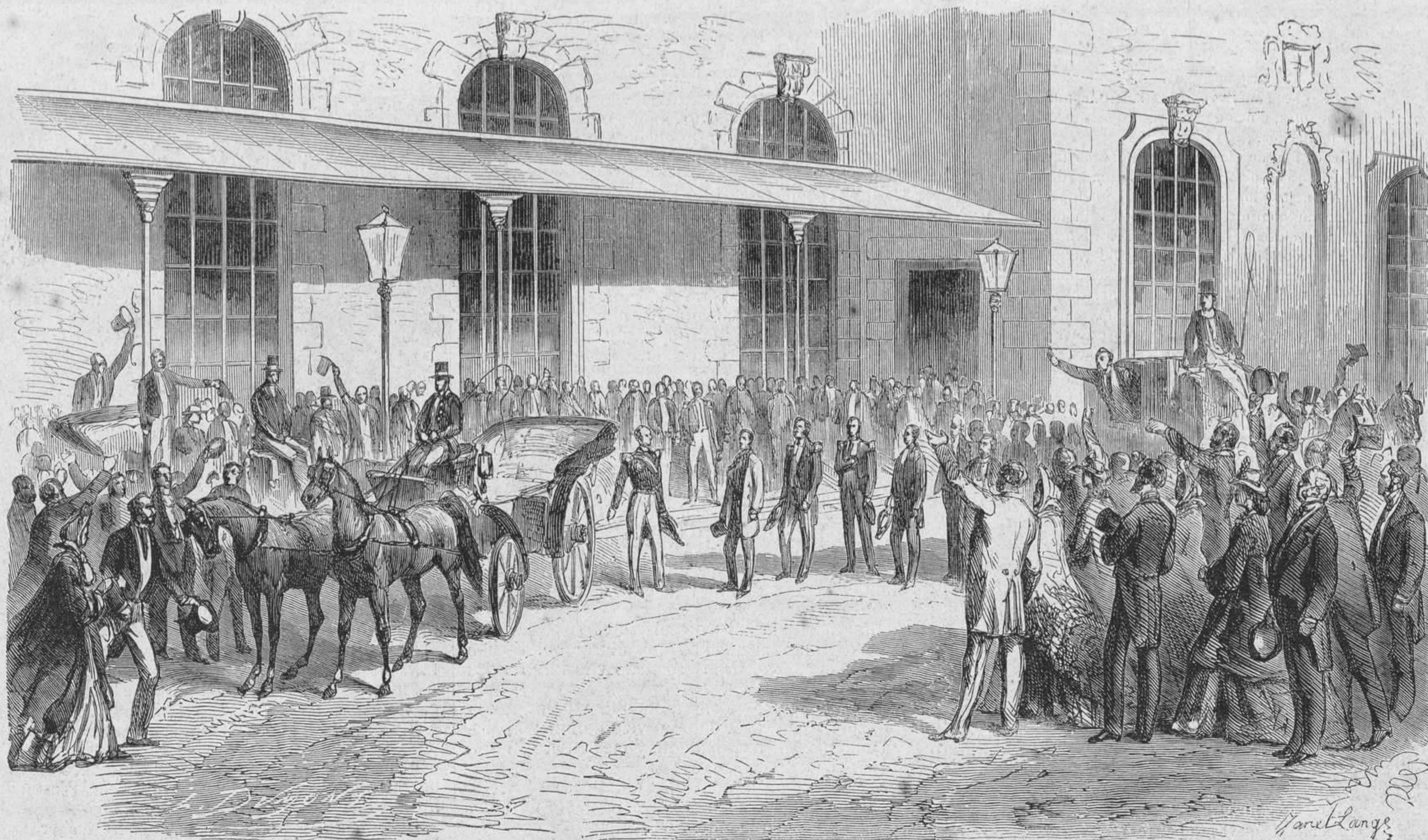
Su Majestad ha salido hoy á las nueve de la mañana de la prefectura marítima, y como desde este momento debía ser tratado como rey, todo el mundo vestía de rigoroso, al menos los que le acompañaban, porque la recepción oficial no ha principiado hasta el momento de embarcarse en el puerto con una salva de 21 cañonazos disparados por el ponton almirante.

Las tropas de mar y tierra no habían salido de sus cuarteles, y no se ha visto fuerza alguna; de modo que á excepción de los curiosos que se detenían en la carrera, la ciudad no ha tomado parte alguna en el ceremonial de llegada, permanencia y partida.

A las nueve y cuarto, cuando las lanchas han salido del puerto, la bahía se ha iluminado con las formidables salvas de artillería de toda la escuadra y de los buques de guerra extranjeros, que han aparecido empavesados con todas sus tripulaciones en las vergas.

Al salir en coche de la prefectura marítima, el rey de los helenos vestía hoy el uniforme de general y el gran cordón azul de la orden del Salvador. Al lado de S. M. iba un personaje con traje encarnado cubierto de bordados y condecoraciones, delante del rey se veía al general de Failly, ayudante de campo del emperador, y finalmente ocupaba el cuarto puesto el vicealmirante prefecto marítimo.

Tres coches más contenían la comitiva de S. M., compuesta de oficiales griegos, franceses é ingleses, y de dos personas vestidas de paisano y de aspecto distinguido.

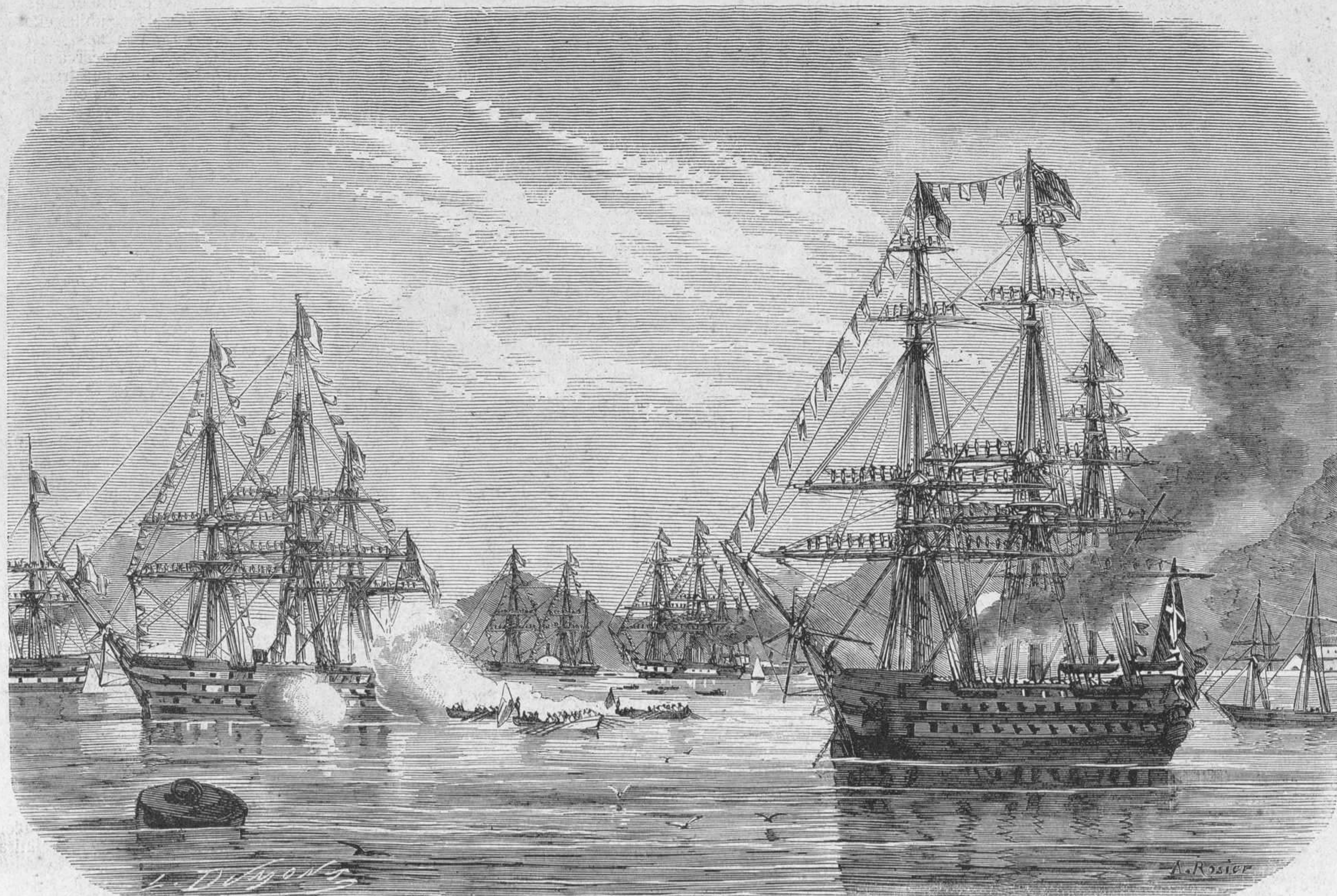


Recepcion de S. M. el rey de los helenos en el ferro-carril de Tolón por el conde Bouet de Villaumez, prefecto marítimo.

El tiempo era magnífico y el mar estaba tranquilo. Los rusos no se han visto en ninguna parte. A las diez de la mañana el rey da un almuerzo de despedida á bordo de su fragata á todos los grandes personajes que le han acompañado á Tolón, así como á los almirantes francés é inglés.

24 por la noche. — Después de haber encendido las calderas para ponerse en marcha á la primera señal, los buques de la escuadra real han zarpado á las dos y diez minutos al estruendo de una salva general de artillería de un efecto sorprendente. La fragata del rey marchaba á la cabeza, y la seguía

el navío francés *Algeciras*, y tras él el navío inglés el *Revenge*. Mandaba la escuadra el contra-almirante vizconde de Herbinghem, por ser el jefe más antiguo. A las tres y media desaparecían estos tres buques en el Este, y el vigía no anunciaba ningún buque ruso en el horizonte. X.



Visita de S. M. el rey de los helenos á los navíos la *Ville de Paris* y el *Revenge* en la rada de Tolón.



SUCESOS DE POLONIA. — El combate de Zyzyn (palatinado de Lublin).

Sucesos de Polonia.

Damos en la página precedente el dibujo del combate de Zyzyn (palatinado de Lublin), uno de los mas importantes de la insurrección actual. El coronel Kruk, comandante en jefe de las fuerzas militares de los palatinados de Lublin y de Podlachie, atacó a los rusos en Zyzyn a eso de las cinco de la mañana. Las fuerzas eran iguales, como unos dos mil hombres por cada parte. Sin embargo, los rusos tenían la ventaja de una batería de cañón.

Se empeñó una lucha encarnizada que duró cuatro horas, al cabo de cuyo tiempo los rusos fueron completamente derrotados, sufriendo grandes pérdidas en muertos y heridos; la batería y la caja que contenía 200,000 rublos (800,000 francos) cayeron en poder de los polacos, así como un crecido número de armas. Además, se hicieron 246 prisioneros, entre ellos nueve oficiales.

En nuestro dibujo está representado el instante en que los insurrectos se apoderan de la caja rusa.

Esta gloriosa victoria se debe en gran parte al valor irresistible de los segadores. El comandante se portó con los prisioneros con la humanidad característica entre los polacos: se tiene la costumbre de darles medio rublo y de ponerles en libertad después de haberles quitado las armas; los rusos están muy distantes de hacer lo mismo en igual caso. M. J.

El collar de la reina.

(Continuacion.)

La condesa de la Motte era la primogénita de esta familia.

Segun su confesion propia, la condesa habia nacido y habia pasado toda su juventud en medio de los padecimientos de la mas horrible miseria que pueda imaginarse, una miseria irlandesa, una miseria de salvajes. El que mas tarde fué su consejero, su defensor y apolo-gista, habla así de la familia de Saint-Remy:

« Mi padre se trasladaba todos los años al canton de Essoyes para la repartición de los tributos, y cuando pasaba por la parroquia de Bastelle, el señor cura no dejaba nunca de cortarle el bolsillo para los pobres hijos de Saint-Remy. Estas criaturas eran tres, y se hallaban abandonadas en una casucha que tenia hacia la calle una trampa, por donde los habitantes les daban por turno una sopa ó algunos otros alimentos. « Yo mismo lo he visto, decia mi padre, y el cura no se atrevia á abrir la puerta de la casucha, temiendo afligirme con el cuadro de aquellos chicos desnudos y alimentados como salvajes; me decia que mi limosna contribuiria para vestirlos. »

« Mi padre, añade M. Beugnot, conoció al jefe de esta familia, á quien pintaba como un hombre de formas atléticas, que vivia de la caza, de frutas silvestres, y hasta de robo de frutos cultivados. »

Una noche, volviendo á sus sueños de grandeza y de fortuna, la baronesa sacó á sus tres hijos de la cueva que habitaban, colgó de la ventana del labrador Durand, rico campesino que se habia aprovechado mas que nadie de las locuras del baron, la cuna de otro hijo que habia dado á luz hacia poco, y la familia de Saint-Remy Valois tomó á pié el camino de Paris.

Llegados á Vaugirard en la mas completa desnudez, mandaron á la futura condesa de la Motte á improvisar recursos pidiendo limosna en las tabernas y diciendo: « Señores y señoras, compadeceos de una huerfanita que desciende en linea recta de Enrique II de Valois, rey de Francia. »

La gracia de Juanita, que estaba hermosa aun con sus harapos y la singularidad de su fórmula, excitaban la curiosidad y á veces la conmiseración de los bebedores; pero el padre no tardó en verse en la cárcel, por usurpacion de un nombre que se creia extinguido; y no salió del calabozo sino para terminar en una guardilla su miserable existencia.

Una vez viuda, la Jossel se apresuró á trabar relaciones con un tal Raimundo, soldado oriundo de Cerdeña, que creyó haber heredado el nombre del difunto al mismo tiempo que la mujer. Raimundo tuvo la desvergüenza de ir á mendigar con el nombre de baron de Valois á la puerta de Tullerías. La impostura se conoció, y el soldado fué condenado á la picota en la plaza de Luis XV, con un letrado que denunciaba sus supuestos títulos: despues fué desterrado de Paris por cinco años.

La Jossel siguió á su amante abandonando á sus hijos á la caridad pública. Juana fué recogida por el marqués de Boulainvilliers; educada por la marquesa, pero expuesta sin cesar por parte del marqués á seducciones que ella pretendia haber rechazado siempre, acabó por entrar en un convento. Pero hé aqui que una mañana se escapó, llegó á Bar del Sena, pais testigo de su triste infancia, y en 1782 se casó con un gendarme llamado de la Motte.

Juana de Saint-Remy de Valois, condesa de la Motte, tenia á la sazón veinté y seis años. En 1775, Hozier y Chevin, los sabios genealogistas, reconocieron la filiación de los Saint-Remy de Valois, y sobre la súplica del marqués de Boulainvilliers, M. de Maurepas logró que se concediese á cada uno de los hijos del difunto señor de Fontette una pension de 800 libras.

Esta pension se elevó en 1784 á 1,500 libras; pero con esto faltaba mucho para satisfacer la sed de lujo y de ambicion que devoraba á Juana de Valois. Ora establecida en Versalles en la modesta posada de la Bella Imágen, ora oculta en Paris en alguna guardilla, madama de la Motte se agitaba buscando algun camino que la condujera á la fortuna. Su marido la secundaba, pero aunque tan poco escrupuloso como ella, la era muy inferior en punto á intriga. Por lo demás, Juana tenia seducciones naturales de las que se proponia sacar buen partido.

« La condesa de la Motte, dice el abate Georgel, sin tener el brillo de la hermosura, se hallaba engalanada con todas las gracias de la juventud. Su fisonomia era expresiva y simpática; se expresaba con facilidad y era persuasiva. »

Esta mujer encontró en su camino al cardenal de Rohan, el dispensador de las limosnas reales; pero ella no se contentaba con limosnas, queria algo mas.

Mientras imploraba socorros modestamente, la condesa daba á entender que tenia derecho á restitutiones importantes. Las grandes posesiones de su casa habian sido invadidas, no compradas, segun ella decia. Las enajenaciones no habian quedado legitimadas todas por la posesion. Entre estas tierras, las de Fontette y de Meez habian entrado hácia poco en el dominio real, y con empeños podian rescatarse. Los bienes de su padre habian sido lo que se llama entregados al saqueo mas bien que vendidos; por consiguiente, no constituian una posesion legitima. Habia tambien en el Berry cierta sucesion del marqués de Vienne abierta en linea colateral, que ascendia á mas de 90,000 libras; para esta sucesion existian derechos evidentes, pues se trataba de una nieta de Elisabeth de Vienne, y de Nicolás Mené de Saint-Remy de Valois. Es verdad que habia que practicar muchas informaciones, que reunir títulos y redactar memorias; se necesitaria tiempo y dinero, sobre todo dinero, pero en fin, un protector decidido nada podia perder.

De este modo la condesa de Valois supo disfrazar su carácter de aventurera. El cardenal deslumbrado hizo los primeros adelantos, creyendo en efecto que nada arriesgaba.

Así en 1784 el matrimonio de la Motte pudo dejar su triste vivienda para instalarse en una buena habitacion de la calle Neuve Saint-Gilles. En breve se esparció la noticia de que madama de la Motte era recibida en la corte con intimidad, y que disponia del crédito de la reina. Muy luego la dama tuvo caballos, carruajes y librea; se vieron en su casa muebles de valor, marmoles de Adam, bronces de Chevalier, cristales de Sikes, vajilla de plata, diamantes, y hasta un pajarillo autómatá de 1,500 libras.

¿Tan repentina fortuna, se explicaba únicamente por las liberalidades del cardenal, ó dimanaba mas bien de una estafa gigantesca? Para aclarar este misterio dieron un auto de prision contra madama de la Motte, que ya no se encontraba en Paris; pero el 18 de agosto los agentes enviados de la capital la hallaron muy serena en Bar del Aube, recibiendo y visitando á sus vecinos, y poniendo en orden sus riquezas traídas de Paris.

Cuando la notificaron la orden de prision se quedó aterrada.

— Teneis muebles bien caros, la dijo el comisario de policia; valen 200,000 libras por lo menos.

— Mis muebles, respondió, mi vestuario y mis joyas valen de 60 á 70,000 libras, y los debo á las bondades del cardenal de Rohan y de varias personas considerables de la familia real.

Existian pues relaciones entre el cardenal y esta mujer; pero ¿habia desempeñado ella el principal papel en la negociacion del collar como aseguraba el cardenal?

Boehmer y Bossange no habian dicho una palabra hasta entonces.

Los joyeros interrogados nuevamente é informados del arresto de la condesa de la Motte, completaron sus primeras declaraciones diciendo:

« En diciembre de 1784 nos previnieron que una augusta señora de la casa de Valois podria interesarse en la venta del collar cerca del rey y de la reina. Indecisa sobre si se atreveria á intervenir en el asunto, manifestó la curiosidad de verle. El 29 de diciembre Bossange va á su casa con un tal Acher; ella no quiere prometer nada; responde que no la gusta mezclarse en tales cosas, que quizá se proporcionará una ocasion favorable. Tres semanas se pasan sin volver á verla. Al cabo de este tiempo el yerno de Acher, M. la Porte, la ve y dice á los joyeros que pasen á su casa, y entonces manifiesta que se promete saldrá bien el negocio. Un alto personaje sera el encargado de tratar, y ella les aconseja que tomen con él muchas precauciones. »

« Algunos dias despues la señora de Valois y su marido se presentan á anunciarles la llegada del personaje, y en efecto, á pocos minutos aparece el cardenal de Rohan... »

El resto de la Memoria muestra la negociacion continuada y terminada únicamente bajo los auspicios del cardenal.

¿Porqué los joyeros no habian declarado desde luego el nombre de madama de la Motte? Parece fué porque preocupados ante todo del pago de su collar, habian querido concentrar toda la responsabilidad en el alto personaje, rico y poderoso. La misma condesa, el alma de toda la intriga, habia mostrado impudentemente á los joyeros, dice un contemporáneo, la necesidad de ocuparse mucho menos de hacer castigar la estafa, que de procurar el reembolso.

Hé aqui la explicacion que da la *correspondencia escrita*:

« En cuanto conoce esta mujer criminal que todo va á descubrirse, envia á buscar á los joyeros y les declara que el cardenal acaba de advertir que el compromiso que creia firmado por la reina es un documento falso. Además, añade esta mujer, el cardenal posee una fortuna considerable y se halla en estado de pagaros. »

Aqui estaria el secreto del silencio guardado en un principio por los joyeros acerca de la condesa de la Motte, y de la inconcebible serenidad de la aventurera en el fondo de una provincia.

Sea como quiera, en casa de la condesa se habian encontrado las señales de una opulencia que no se podia explicar con las 1,500 libras de renta de la pension real. En fondos se hallaron dos sumas de 30,000 libras colocadas á réditos, y procedentes, segun declaró, de sus ahorros. Además habia comprado en Bar del Aube una casa de 18 á 20,000 libras. Añadiendo á esto las joyas y los muebles, bien se podia recelar alguna estafa enorme.

Tuvieron la torpeza de dejar escapar á la condesa de la Motte, y muy luego se supo que habia llegado á Londres por Holanda.

Sin embargo, levantaron los sellos en casa del cardenal, y no hallaron nada, como es de suponer, salvo un librito de memorias olvidado en un mueble, con esta apuntacion en una de sus hojas:

« Hoy 3 de agosto, B. ha estado en la casa de campo de madama de C., quien le ha dicho que la reina no habia tenido jamás el collar, y que le habian engañado. »

Habia la indicacion de una duda, de un susto repentino á la primera aparicion de una maquinacion tenebrosa, y esto abogaba en favor del cardenal.

V.

El príncipe habia sido conducido á la Bastilla, donde le trataban lo mejor posible, habiéndole acordado dos ayudas de cámara y un secretario.

En los primeros interrogatorios dió ingenuamente la clave de toda la intriga.

« — Desde el mes de setiembre de 1781, dijo, he ayudado con algunos socorros á una mujer de la sangre de los Valois, que me habia sido presentada por madama de Boulainvilliers. Habiendo sabido por mi esta mujer cuánto me pesaba la desgracia en que yo habia caído cerca de mi soberana, me persuadió que ella tenia una entrada secreta cerca de la reina, y que encontraria quizá una ocasion para rehabilitarme. »

» En efecto, un dia vino y me dijo:

« — Estoy autorizada por la reina para pedir por escrito la justificacion de los cargos que pesan sobre vos. »

» Trasportado de júbilo á esta noticia, me apresuré á redactar una apologia toda llena de protestas de una adhesion sin límites.

» Trascurrieron algunos dias, y la condesa de la Motte me trajo por fin triunfante un papelillo dorado en su corte, que contenia estas palabras:

« He leído vuestra carta y estoy contentísima, porque he visto que no sois culpable; todavía no puedo concederos la audiencia que deseais. Cuando las circunstancias lo permitan os avisaré. SED DISCRETO. »

« En el mes de agosto de 1784, una entrevista de un instante que la condesa de la Motte me procuró una noche en los jardines de Versalles, y en la cual mi graciosa soberana tuvo á bien confirmarme por su propia boca el olvido de lo pasado, acabó de convencerme. »

» Cegado por la seguridad en que estaba de volver á entrar en favor, no tuve ningun recelo cuando madama de la Motte me pidió en nombre de la reina primero 60,000 libras, y despues 100,000, para limosnas que queria hacer la reina y no podia estando sin recursos. »

» A fines de diciembre de 1783 salí yo para Saverna, donde recibí por conducto de madama de la Motte una carta escrita de la misma mano, cuyo contenido era este:

« El momento que yo deseo no ha llegado aun; pero apresuro vuestra vuelta para entablar una negociacion que me interesa personalmente, y que solo á vos quiero confiar. La condesa de la Motte os explicará de mi parte el enigma. »

« Con efecto, la condesa de la Motte me dijo que esta negociacion era la de un collar de diamantes que la reina deseaba comprar sin que lo supiera el rey; y á mi me encargaban que arreglase las condiciones del negocio. Lo hice creyendo obedecer á una orden de mi soberana; mas tarde no oculté el nombre de la augusta compradora, y creo haber hablado de ello al hacendista Saint-James. El collar me fué entregado en vista de la escritura aceptada por la reina. Entonces pasé á casa de la condesa de la Motte, quien me dijo que la reina la estaba esperando. »

» En aquel instante apareció un hombre que se dijo enviado de la reina. Retirado por discrecion á un gabinete con puertas vidrieras, creí reconocer á este hombre por un criado á quien habia visto en Versalles. Por lo demás, este hombre presentó un billete de la misma letra que las cartas anteriores, con la orden de entregar el collar al portador, y así se hizo. Entonces fué cuando por primera vez di en una carta escrita á M. Boehmer una prueba de la adquisicion hecha por la reina. »

» Aquel mismo dia encargué á mi criado Schreiber que reparase bien si no habia nada nuevo en los ador-

nos de S. M.; y muchas veces repetí á Boehmer y á Bossange que diesen humildemente las gracias á nuestra soberana.

» Sin embargo, la reina no llevaba nunca el collar, y esto me inquietaba; pero la condesa de la Motte seguía infundiéndome esperanza con la promesa de una audiencia que jamás venía á realizarse. Decíame que á la reina le parecía excesivo el precio del collar, y que no se le pondría antes de haber obtenido una disminución de 200,000 libras. Los joyeros consintieron en la reducción, y la condesa de la Motte me enseñó otra carta, de letra de la reina, anunciándome que se quedaba con el collar, y que pagaría 700,000 libras en vez de 400,000, cuando se cumpliera el primer plazo.

» Llegado este vencimiento, se me dijo que era imposible pagar, y que solamente se darían los intereses. Me alarmé, y en esto tuve ocasión de ver letra de la reina, que no se parecía á la de los billetes que habían pasado por la mano de la condesa de la Motte. Sin embargo, aun tuvo maña para tranquilizarme; y además, ella que no vivía sino de limosna, me trajo 30,000 libras de parte de la reina, para satisfacer los intereses.

» El 4 de abril cuando Boehmer me contó su conversación con madama de Campan, me dijo:

« — ¿No nos engañaría á entrambos vuestra mediadora? »

» Pero yo estaba tan confiado que le tranquilicé, creyendo que había razones para disimular con Boehmer. De repente la condesa de la Motte, alegando persecuciones secretas, enemistades que se habían conjurado contra ella, vino á pedirme un asilo, y el 5 de agosto partió precipitadamente con dirección á Bar del Aube.

Tal fué el relato de M. de Rohan. Todo esto era posible, pero con dificultad podía creerse; toda esta conducta denotaba en un hombre de mundo una credulidad tan robusta, que daba margen á recelar una complicidad vergonzosa.

Cuando objetaban al cardenal la ostensible opulencia de la condesa de la Motte, respondía:

« — Tenía buen cuidado de disimular á mis ojos esa opulencia. Siempre que fui á su casa, lo que ocurrió rara vez, me recibió en un granero.

Aun admitiendo estas explicaciones, una cosa clamaba contra M. de Rohan, un crimen sin excusa, el de haber podido creer un momento que la reina se comprometía en su favor con entrevistas secretas. Por bien representada que hubiese estado la comedia, no había necesidad de que cubriera esta confianza insolente.

La condesa de la Motte lo negó todo en su interrogatorio. Efectivamente, la habían presentado un joyero que ella había recibido de muy mal humor. Este joyero la había pedido su mediación para hacer vender un collar, pero ella había respondido:

« — No, señor, yo no entiendo de pedrerías, y no intervengo en tales negocios.

Había hablado de esto al cardenal con indiferencia, y habiendo deseado este saber las señas de la casa de los joyeros, ella se las había dado. Poco después había visto al cardenal, quien muy contento por haber hecho el negocio, la había dirigido estas palabras:

« — Os lo voy á decir todo, aunque no sabéis guardar ningún secreto... es para nuestra soberana.

Si el cardenal había tratado lo había hecho solo, ella no había intervenido en lo mas mínimo. Una vez, sin embargo, el cardenal la había enseñado una caja llena de diamantes menudos sobre papel, diciéndola:

« — Sé lo que esto puede valer, tengo la nota. Si fuérais capaz... pero no, vuestro marido me dirá lo que ofrecen.

« — No es inteligente tampoco; no obstante, le hablaré, y de todos modos es inútil que me lleve yo los diamantes.

A pesar de su repugnancia había buscado, no había encontrado á nadie, y había devuelto las piedras. Entonces el cardenal la había entregado veinte y dos diamantes mas gruesos que los primeros, suplicándola que los vendiera, y halló un joyero en París que la dió 36,000 libras, suma que le había entregado. Con este motivo, el cardenal la había regalado los mas pequeños.

Por la misma época la condesa de la Motte confesaba haber vendido sus propios diamantes al mismo joyero Regnier, en diferentes partidas. En marzo recibió por ellos 9,000 libras, á principios de abril 2,440 libras, y á mediados de abril 3,100 libras, cantidades que en su mayor parte habían servido para pagar antiguas deudas contraídas con Regnier.

Luego el cardenal había pedido á la condesa de la Motte, quien se lo había proporcionado, un retrato de la reina destinado á adornar una cajita rodeada de gruesos diamantes. Por último, el cardenal había regalado á la condesa de la Motte varios diamantes por valor de 13,000 libras, en recompensa de haber llevado un despacho urgente á Saverna.

Hé ahí todo lo que sabía la condesa de la Motte. ¿Procedían del collar los diamantes que había visto en manos del cardenal? Ella lo creía. Pero sin duda el príncipe de Rohan había sido engañado en todo esto; había sacado las castañas, ó si se quiere, los diamantes del fuego, en beneficio del conde de Cagliostro. ¿Quién era este conde de Cagliostro introducido así de repente en las revelaciones de la condesa de la Motte? Vamos á verlo ahora.

VI.

Casi unánimemente se afirma que el célebre impostor Cagliostro tenía por nombre verdadero el de José Balsamo. Obligado á dejar la Sicilia, su patria, pa-

ra librarse de las persecuciones que le había atraído una estafa cometida en perjuicio de un joyero, había recorrido la Europa y una parte del Africa con nombres diferentes. Otra vez en Europa por los años de 1773, había visitado en Holstein al famoso conde de Saint-Germain, había hecho algun ruido en las cortes del Norte, y en 1780 había llegado á Estrasburgo.

Cuatro años después estaba en París rodeado de consideración, reuniendo en sus salones á lo mas escogido de la nobleza y de las letras, nadando en la opulencia é inspirando vivos recelos de que hacia oro y componía gruesos diamantes con los pequeños. La sociedad incrédula y hastiada del siglo XVIII rechazaba el Evangelio y las tradiciones católicas; pero aceptaba sin dificultad las sandeces de un charlatan que se decía contemporáneo de Jesus, y poseedor de los arcanos del antiguo Egipto.

Cagliostro sabía muy bien cómo un italiano intrigante puede alcanzar la fortuna haciendo victimas: en el siglo XVII había dado la receta para ello el químico milanés Borri. Este, que también había comenzado en Estrasburgo en 1659, consiguió hacerse en Amsterdam una reputación de médico y de alquimista que hacia oro. Bayle cuenta que este astuto estafador había sabido engañar á elevados personajes, hombres de talento y hasta príncipes.

« Una casa comprada por 15,000 escudos, cinco ó seis rufianes vestidos á la francesa, algunas curaciones hechas gratis, cinco ó diez rixdales distribuidos oportunamente entre infelices, alguna insolencia en sus discursos y otros artificios del mismo género, han hecho decir á personas crédulas que repartía los diamantes á puñados, que hacia la grande obra, y que poseía la medicina universal. »

Del mismo modo había procedido Cagliostro en Estrasburgo; había cuidado á varios enfermos sin pedir honorarios, había distribuido con maña algunas limosnas, y hecho publicar con mucho estrépito su ciencia sin igual y su generosidad incomparable.

El cardenal de Rohan había sido engañado como tantos otros por aquella misteriosa reputación. Quiso ver al hombre á la moda, y Cagliostro excitó hábilmente este deseo con una negativa.

« — Si el señor cardenal está enfermo, respondió el insolente charlatan, que venga y le sanaré; pero si no lo está, no necesita de mí ni yo de él.

El príncipe tuvo justamente un asma que le abrió la puerta del prodigioso facultativo, y sus truhanerías subyugaron muy luego al débil príncipe. Ya por admiración á las palabrotas de filosofía mística con que Cagliostro razonaba sus discursos, ya por entusiasmo hacia el elixir de inmortalidad vendido á 10 libras la botellita, lo cierto es que M. de Rohan vino á ser un preconizador del italiano y su introductor en el mundo parisiense, verdadero objeto, teatro deseado del empirio. Una recomendación oficiosa del teniente de policía prohibía á Cagliostro la permanencia en París; pero una enfermedad del príncipe de Soubise la permitió infringir la orden. Cagliostro vino secretamente á París para cuidar al príncipe; se comprometió á no usurpar nada de los derechos de la facultad, y no obstante recibió á los enfermos que acudieron en muchedumbre al Palacio Real. La policía cerró los ojos; el conde de Vergennes, ministro de Negocios extranjeros, y el guarda-sellos, marqués de Miromesnil, figuraban en primera línea como protectores del charlatan.

Habiendo venido solo por algunos días á París, el 30 de enero de 1785, Cagliostro compraba en breve, en la esquina de la calle Saint-Claude y del boulevard, una casa que amuebló con mucho lujo. Todo estaba allí calculado para producir efecto.

Un contemporáneo describe así los misteriosos adornos del gran salon de recepción:

En un cuadro negro colocado enfrente de la chimenea, se leían en letras de oro estos dos párrafos de la plegaria universal de Pope:

« ¡Padre del universo, tú que todos los pueblos adoran con los grandes nombres de Jehová, de Júpiter y de Señor! Suprema y primera causa que ocultas á mis ojos tu adorable esencia y no das á conocer sino mi ignorancia y tu bondad, dame en este estado de ceguera la ciencia de discernir el bien del mal, y de dejar á la libertad humana sus derechos sin menoscabo de tus santos decretos. Enséñame á temer mas que el infierno lo que la conciencia me prohíbe, y á preferir á todo lo que ella me ordena.

» Padre del universo, al que sirve de templo todo el espacio, y cuyo altar forman la tierra, la mar y los cielos, escucha el concierto de alabanzas que todos los seres entonan en tu honor, y que el incienso de sus plegarias llegue hasta tí. »

Sobre una consola puesta entre dos ventanas, había un busto de Hipócrates; y encima de este busto colgaba de la pared un retrato de mujer de una excesiva belleza.

Ciertos aposentos interiores estaban dispuestos para las iniciaciones de la logia de francmasonería egipcia, que no tardó Cagliostro en establecer en París, nombrándose á sí propio presidente.

En otros salones mas misteriosos todavía, Cagliostro reunía en banquetes opíparos, donde corría en abundancia el vino de Tokai del cardenal, á los adeptos de la ciencia hermética; algunos sillones vacíos marcaban los puestos de los ilustres difuntos convidados á estas orgías, y los *espíritus* de Voltaire, de Montesquieu, de Aímbert y de Federico el Grande, conversaban con los asistentes. Vemos pues que los espíritus golpeadores no son de invención moderna, y que el charlatanismo y la

dulidad no hacen mas que cambiar de vestido en este mundo.

Tal es el retrato de Cagliostro. Este hombre se valía de todos los medios lícitos é ilícitos, la medicina, las ciencias ocultas, el magnetismo, la moneda falsa, á juzgar por su condena de Roma, y sobre todo el charlatanismo, para hacer victimas y enriquecerse.

Aunque este personaje sea secundario en el proceso del collar de la reina, se nos perdonará que tracemos detenidamente su fisonomía, primero porque es interesante y curiosa, y después porque conociéndole bien, se podrá apreciar mas fácilmente el papel que desempeñó el cardenal de Rohan en toda esta intriga.

¿El cardenal era cómplice del robo?

¿Había sido engañado?

La continuación de este relato nos le mostrará como fué probablemente, cómplice voluntario ó involuntario de la condesa de la Motte. En la época en que se debatió tan escandaloso proceso, los pareceres estaban divididos; pero la mayoría, nos apresuramos á reconocerlo, le tenía por victima de un engaño. Este fué el sistema que adoptó su abogado, M. Target, cuya Memoria resumida daremos mas adelante.

VII.

Vamos á tomar ahora de las Memorias del cómico Fleury un párrafo característico. Fleury es un testigo desinteresado y poseedor de preciosas noticias. Honrabale la benevolencia de la reina por causa de su hermana, que había sido la aya francesa de Maria Antonieta en Viena; estaba ligado con madama de Campan, y por fin conocía á la famosa Oliva, que había tratado de hacerle salir al teatro. Sabido es que antes de la revolución el salon de la Comedia Francesa estaba frecuentado por los altos señores. Fleury, observador imparcial, ha escrito unas Memorias, sin pretension, pero llenas de interesantes datos muy poco conocidos hasta el día.

Después de haber enumerado todos los fenómenos que habían ocupado á París en 1785, Fleury escribe lo siguiente:

« La Francia extraña que el príncipe de Rohan haya creído á Cagliostro y haya sido engañado por la condesa de la Motte... M. de Rohan era un gran señor, un príncipe de la Iglesia, un hombre de mundo, un hombre honrado; nadie dice que no; pero á vuelta de esto, parecía estar hecho adrede para ser engañado. »

Tal era en aquella época la opinion general, si esta se quiere buscar en los libros sinceros. Por lo demás, los documentos del proceso no existen, y fuerza es recoger noticias en donde se hallan.

Sea como quiera, la condesa de la Motte acusó á Cagliostro de haber desempeñado el principal papel en el asunto del collar. Por consiguiente, á este hombre había que preguntar cuál era el paradero de los diamantes. Este hombre había recibido el depósito de manos de M. de Rohan, y él le había « destrozado para aumentar el tesoro oculto de una fortuna inaudita; había que pedir cuentas á este *empírico*, este *bajo alquimista*, este *buscador de la piedra filosofal*, este *falso profeta*, este *profesor del único culto verdadero*, como se calificaba el conde de Cagliostro. »

Para disfrazar su robo, Cagliostro había pedido á M. de Rohan que hiciera vender y montar algunas de las piedras en París, por conducto de la condesa de la Motte, enviando porciones mas considerables con los mismos fines á Inglaterra, para que hiciera otro tanto su marido.

» M. de Rohan había recibido contra su banquero de París las letras procedentes de Lóndres por las piedras vendidas; así como recibió también otras piedras montadas. »

Estas eran las acusaciones de madama de la Motte, que poco á poco iban levantando el velo y la ponían en contradicción consigo misma. No había sido una sola vez, y por ceder á los ruegos del cardenal, que ella consintió en terciar para vender diamantes; sino que una parte de estas piedras, que procedían del collar, había sido vendida, ya en París por la condesa de la Motte, ya en Lóndres por su marido.

Para dar crédito á su denuncia contra Cagliostro, la condesa de la Motte contaba así una escena de magnetismo con la cual había engañado al cardenal. La escena había pasado en presencia de ella, según afirmaba, y para leer en el porvenir el resultado de una negociación misteriosa, el charlatan había pedido una jóven inocente que madama de la Motte le presentó, y era su sobrina, Mlle de la Tour.

(Se continuará.)

Estatua de Napoleon I en la plaza Vendome.

Acaba de hacerse un cambio importante en la columna dedicada al Grande Ejército en la plaza Vendome; se ha reemplazado la estatua del emperador representado con su uniforme ordinario, por otra estatua de vestidura heroica.

La estatua de Napoleon I se elevó sobre la columna de la plaza Vendome el 20 de julio de 1833, y su inauguración tuvo lugar el 28 de julio.

M. Lepere, primer director y arquitecto de la colum-

na, y M. Hittorff estaban encargados de esta obra, que fué ejecutada bajo sus órdenes por M. Duprez.

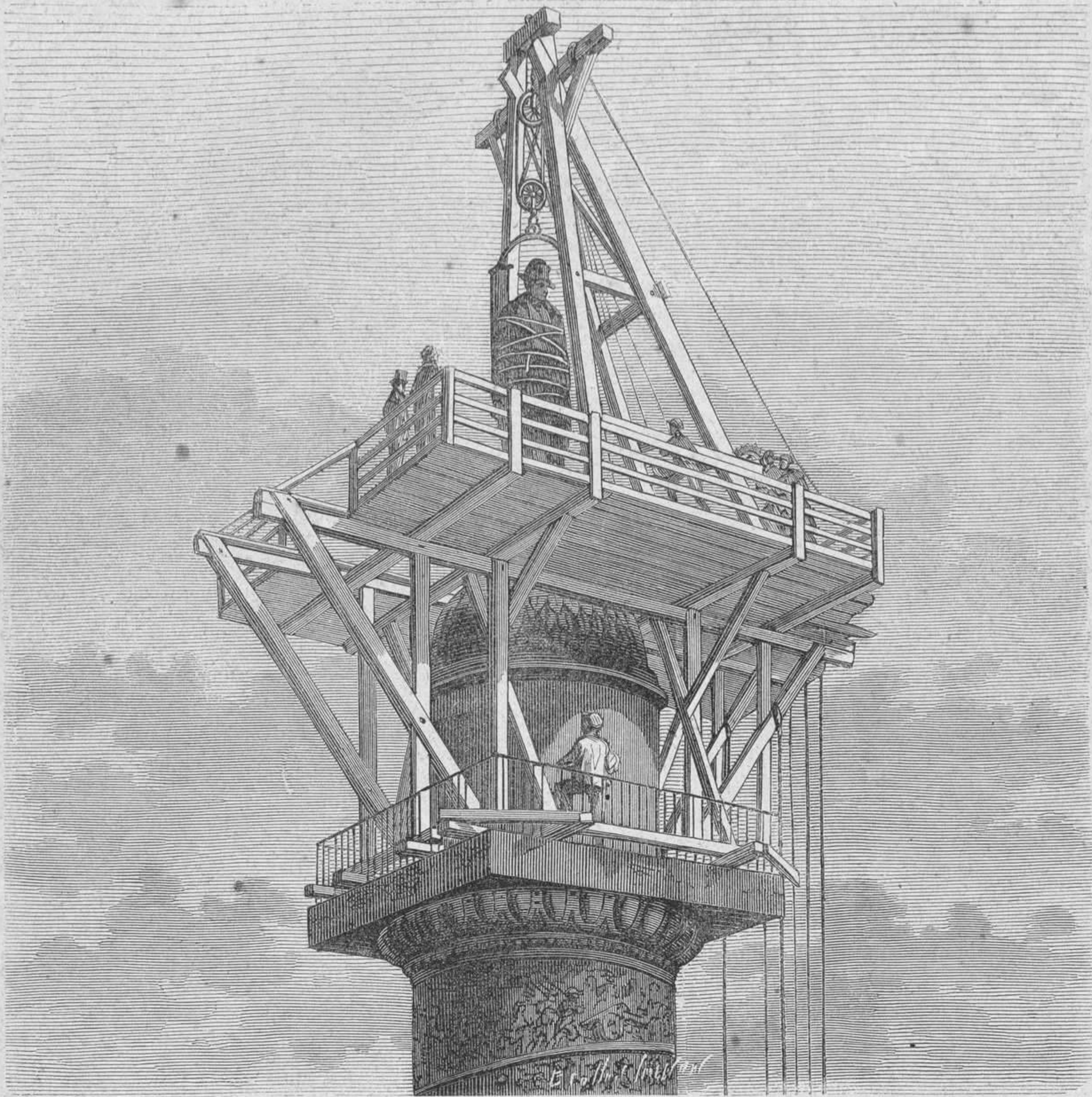
Ocho dias antes se habia hecho en presencia de M. Thiers, á la sazón ministro de Obras públicas, la prueba de subir un peso de ocho mil libras para experimentar el sistema imaginado por M. Lepere.

Pero en aquella época se envolvió en cierto misterio el cumplimiento de la operación definitiva, la cual tuvo lugar de madrugada.

La erección de la nueva estatua de la plaza Vendome se ha hecho con los mismos medios empleados en 1833, y bajo la dirección del mismo M. Hittorff.

Esta operación sumamente delicada, por razón del peso de esta estatua colosal y por la altura del monumento que mide cincuenta metros, se ha efectuado sin tropiezo alguno en presencia de una multitud de espectadores. Un ingenioso sistema de cordajes y de garruchas permitía hacer contrapeso á la masa de bronce, que bajó lentamente á la tierra cubierta con un velo.

Para subir la nueva estatua, que representa, como hemos dicho, al emperador vestido de emperador romano, se llevó la cábria fuera del aplomo de la base de la columna, y mediante un doble cable que se enroscaba en la cábria, elevaron la es-



Aparato empleado para quitar la estatua de Napoleon I de la columna Vendome.

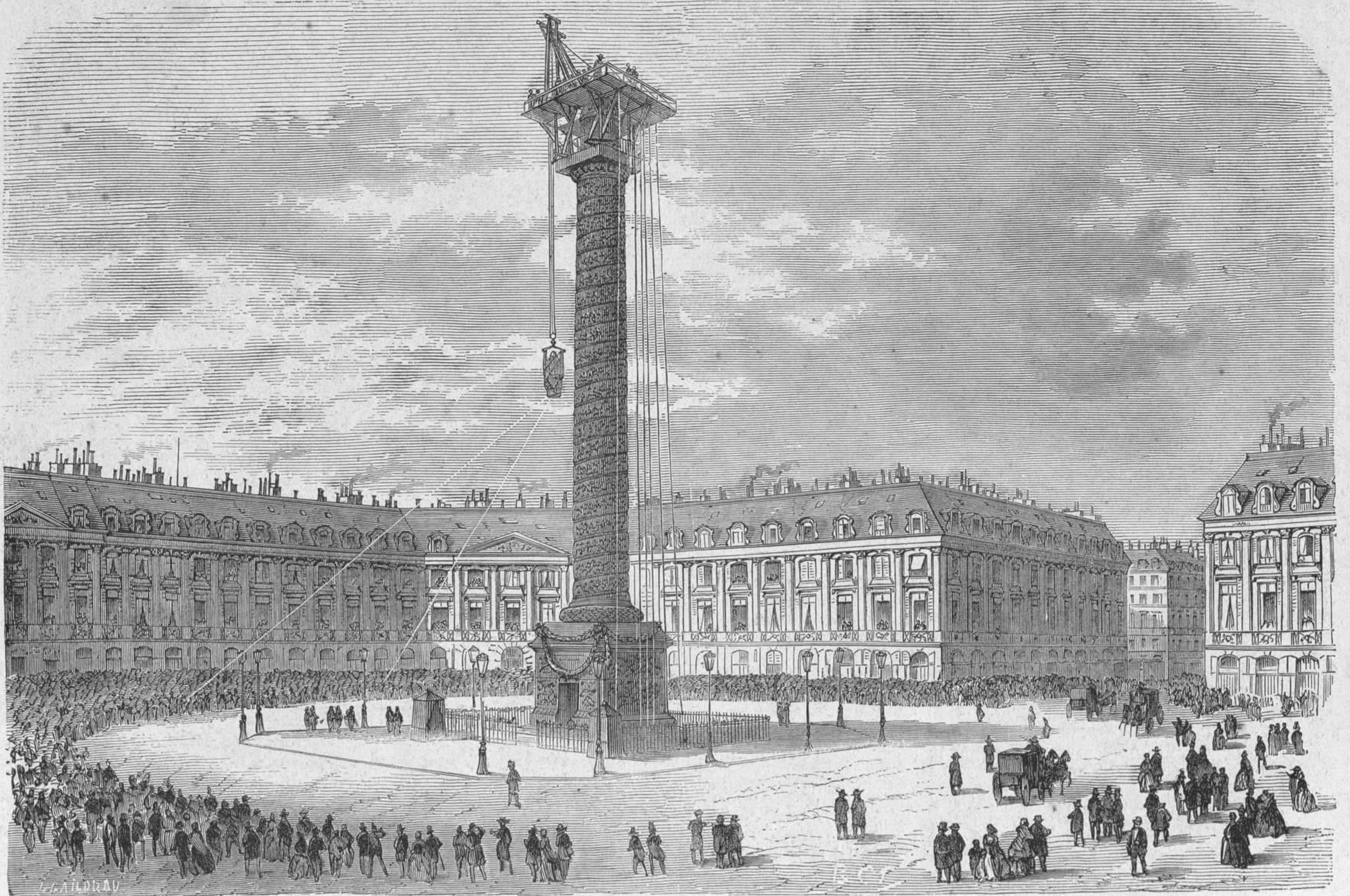
tatua que previamente se habia colocado lo mas cerca posible del pedestal dentro de la verja. Cuando llegó á la altura del andamio, hicieron deslizar cábria y estatua, hasta que esta se halló en el eje de la columna, y entonces la bajaron sobre su base, donde quedó sujeta con pernos de bronce.

La antigua estatua debe llevarse á Courbevoie, donde la espera ya su pedestal; pero esta operación presenta menos interés por la escasa altura de este zócalo. Las dificultades en la columna Vendome consistían sobre todo en la mucha elevación y en el reducido espacio de que se puede disponer en lo alto del monumento.

La nueva figura confiada al talento de M. Dumont, miembro del Instituto, y fundada por M. Thiebault, tiene en una de sus manos la misma Victoria alada que tenia la estatua, obra del escultor Chaudet, que se derribó en 1814.

Un pedestal de dimensiones colosales ha sido elevado bajo la dirección de M. Duban en la plazoleta de Courbevoie, en el eje de la avenida de Neuilly, para recibir la estatua quitada de la plaza Vendome. La sencillez y la grandeza del monumento, la hermosura y el tono severo del granito empleado, formarán un zócalo digno de la estatua popular de Napoleon I.

P. P.



Bajada de la estatua de Napoleon I.



El globo el Gigante en las inmediaciones de Niemburgo (accidente del 19 de octubre).

P. Blanchard

Esc. de la Imp. de la G. N.

Mas pormenores sobre el naufragio aéreo del Gigante.

Aunque ya hemos dado en estas columnas diferentes detalles tomados de las relaciones publicadas hasta el día sobre la segunda catástrofe del globo de M. Nadar, hoy que publicamos una lamina que representa el deplorable accidente del 19 de octubre, parecemos oportuno añadir algunas noticias que creemos verán con interés nuestros lectores. El *Gigante* cayó en las cercanías de Niemburgo, y al tocar en tierra, la barquilla quedó enteramente sepultada debajo del globo, de modo que los viajeros que en ella se hallaban se vieron en grande apuro para poder salir, y no lo hubieran conseguido á no haber acudido en su socorro un gran número de trabajadores, que su buena fortuna les deparó.

La legacion francesa tuvo al punto noticia de este triste incidente, y en seguida envió al sitio en que ocurrió la fatal caída, uno de sus empleados acompañado del doctor Muller de Hanover. En el mismo momento en que se disponían á salir, se recibió un despacho telegrafico que decía que los viajeros heridos llegarían á Hanover en un tren directo á las nueve de la noche.

La fuerza ascendente del globo era tal, que los viajeros hubieran perecido sin remedio, si M. Julio Godard, con un hacha en la mano y arriesgando su vida, no hubiera practicado en el globo una abertura que dió paso á una gran cantidad de gas. Por este medio se consiguió detener el curso precipitado del globo, que contra tierra y á través de los bosques, daba saltos de 40 á 60 metros, que de seguro hubieran pulverizado la navecilla á los viajeros á no haber quedado el aparato instantáneamente vacío.

El 19 por la mañana pasó el globo por cima de Niemburgo á tan poca altura, que casi tocaba con los tejados, y los habitantes distinguieron las personas que conducía. La parte inferior del globo estaba ya sin gas, flotando dentro de la red que lo cubre. Al pasar junto á la calzada de Hanover, arrojaron un ancla que arrastró por la tierra, sin que pudieran cogerla los trabajadores del ferro-carril, que corrieron tras ella largo trecho. Otra ancla que arrojaron cayó en el techo de una casa de campo, y no teniendo la cuerda bastante resistencia, se quebró: esta ancla destrozó parte del techo ó cubierta de la casa. El globo continuó su marcha, chocando en seguida cerca de la casa de un guarda del ferro-carril con la línea telegráfica, de la cual rompió cuatro alambres y derribó tres postes.

A consecuencia de este choque, la góndola en que iban los pasajeros y que ya tocaba al suelo, fué arrasada durante bastante tiempo. Los pasajeros pidieron repetidas veces socorro, pero no fué posible á las gentes de campo, que se cogían á las cuerdas arrojadas, detener la marcha del globo impulsado por un fuerte viento. El globo se elevó despues lo bastante para que la góndola pasara por encima de los árboles, y descendió por fin á corta distancia, cubriendo completamente al tocar á tierra la barquilla en que iban los pasajeros; de modo que fueron necesarios grandes esfuerzos para sacar á estos del envoltorio en que se veían. De los nueve pasajeros, solo dos quedaron sanos y salvos. La esposa de Nadar sufrió una fuerte contusion en el pecho, y está arrojando sangre por la boca; además tiene tambien contusiones en una pierna. Saint-Félix tiene el brazo izquierdo roto por su parte superior y magullado el rostro; y Nadar ambos piés dislocados. Todos los pasajeros fueron conducidos á Hanover, desde donde, al cabo de algunos dias, fueron trasladados á Paris, segun hemos dicho ya á nuestros lectores. R. S.

Paris y Londres en 1793.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

LIBRO SEGUNDO.

EL HILO DE ORO.

CAPITULO PRIMERO.

CINCO AÑOS DESPUES.

La banca de Tellstone y compañía ocupaba cerca del Temple Bar una casa muy vieja, muy pequeña, muy sombría y muy incómoda, y no había esperanza de verla participar de las ventajas de los edificios nuevos, porque los señores Tellstone estaban orgullosos con su pequeñez, su fealdad y sus inconvenientes, y hasta llegaban á ponderar la superioridad que poseía sobre estos diferentes puntos. Estaban persuadidos de que su casa hubiera sido menos respetable adoleciendo de menos defectos de los que tenía, y hasta esto mismo constituía un arma poderosa que dirigían sin cesar contra las bancas mas lujosas y cómodas que la suya.

— La casa de Tellstone y compañía, decían, no necesita espacio, luz, ni mucho menos adornos. Esto podrá ser indispensable para Snooks hermanos ó para Noakes y Bridge, pero no á Dios gracias para Tellstone y compañía.

Todos los socios hubieran desheredado á su hijo único

si el desventurado hubiese dicho tan solo que convenia reedificar la casa. Es verdad que el país sigue respecto de sus hijos el mismo principio que Tellstone, y deshereda á los que cometen el error de pensar en la transformación de las antiguas leyes y costumbres reconocidas como malas hace mucho tiempo, pero que por lo mismo son mas respetables.

Se habia llegado por fin á reconocer como una verdad inconcusa, que la casa Tellstone era el triunfo de la incomodidad.

Despues de forzar una puerta que se resistía y demostraba su rebeldia rechinando ásperamente, se bajaban dos escalones, que las mas de las veces se cruzaban de un salto con peligro de romperse una pierna, y al recobrar el equilibrio se llegaba á un miserable despacho donde habia dos escritorios, detras de los cuales unos dependientes viejos como los muebles, que es mucho decir, hacían temblar en sus dedos las letras de cambio que les entregaban, mientras examinaban la firma cerca de ventanas grasientas, oscurecidas aun mas por enormes rejillas de hierro y la densa sombra del Temple Bar.

Si era preciso hablar al jefe de la casa, se conducía al cliente á una especie de trastienda, donde meditaba sobre los errores de una vida disipada hasta el momento en que uno de aquellos señores aparecía con las manos en los bolsillos á la claridad dudosa de una luz crepuscular.

El dinero salía de viejas gavetas, que cada vez que las abrían y cerraban arrojaban á las narices ó á la garganta algunas partículas de su carcomida madera, y los billetes de banco oían á rancio y parecían hallarse en descomposicion.

La vajilla de plata que allí se depositaba, perdía en un dia su brillo y su color; los títulos y diplomas, colocados en un aposento fortificado, que en los tiempos de antaño habia servido de cocina y lavadero, se encogían, y esparcían en el aire toda la grasa de sus pergaminos, y las cajas que contenían vuestros papeles de familia, iban al primer piso, á un comedor cuya mesa no habia sostenido nunca platos ni botellas, y donde las primeras cartas de vuestros nietos ó de vuestros antiguos amores acababan apenas en 1780 de verse libres de la mirada de las cabezas sangrientas que se exponían en el Temple Bar con una ferocidad digna de abisinios ó de cafres.

Es verdad que en aquella época la pena capital obtenía la aprobacion de los hombres de bien, y que la defendían con ardor los señores Tellstone y compañía. La muerte es un remedio soberano que la naturaleza aplica á todos los seres. ¿Porqué no habia de hacer lo mismo la ley?

Resultaba de este principio que eran condenados á muerte el falsario, el que emitía billetes falsos de banco, el que abría una carta que no era suya, el ladrón de dos guineas, el monedero falso aunque solo hubiera fabricado un chelín, el pobre diablo que guardaba el caballo de un jinete, montaba en el animal y huía con él... todos eran condenados á muerte.

Las tres cuartas partes de las notas que componen la escala del crimen, eran castigadas con la picota ó la cuerda.

Y sin embargo, este rigor no producía el menor efecto preventivo, pues por el contrario (y esto es digno de observarse) los crímenes eran mas numerosos; pero este sistema tenía la ventaja de zanjar la cuestion, de ahorrar á los magistrados el trabajo de estudiar las causas, y de hacer que no hubiera necesidad de ocuparse mas de los individuos, mas ó menos importunos, que se despachaban al otro mundo.

La casa de Tellstone, como todos los grandes centros de negocios de aquella época, habia hecho suprimir tantas existencias, que si todas las cabezas cortadas ó estranguladas delante de sus paredes se hubieran puesto en hileras sobre el Temple Bar, es muy probable que hubieran obstruido la escasa luz que entraba en el despacho.

Los dependientes de Tellstone eran viejos y de una gravedad patriarcal.

¿No habian sido nunca jóvenes?

Es muy probable; pero cuando los señores Tellstone y compañía admitían por casualidad á un joven, le escondían no sabemos dónde hasta que llegaba á viejo, y le conservaban como el queso en un paraje húmedo y oscuro, hasta que adquiría el sabor rancio inherente á la casa. Se le permitía entonces dejarse ver con la cabeza baja y los ojos clavados en enormes libros de cuentas, y añadir sus anteojos, su gorro y sus pantuflas al peso general que tenía el establecimiento.

Fuera de la puerta, pero nunca dentro á no ser que se le llamase, habia un mozo que empleaban en llevar recados, y era, por decirlo así, una muestra viviente de los banqueros. Si se ausentaba para ir á donde estos señores le enviaban, se hacia representar por su hijo, un pilluelo de doce años que era su retrato.

La casa habia tolerado siempre que hubiera en la puerta una especie de mensajero, á quien no daban sueldo fijo, y los vientos y las olas de la fortuna habian conducido á nuestro hombre á esta posición nada ventajosa. Su apellido era Cruncher, y cuando pocos dias despues de nacer renunció por procura á Satanás, sus pompas y sus obras, fué bautizado con el nombre de Ferry.

Trasladémonos al domicilio particular del señor Cruncher, situado en el pasaje de la Espada pendiente, barrio de White-Fiars.

Son las siete y media de la mañana, y estamos en marzo *anno Domini* 1780. Cruncher designa siempre el

año, cuando habla, bajo el nombre de *anno Domini*, porque está persuadido de que la era cristiana data de la invencion de cierto juego popular por cierta Ana Dominos que le dió su nombre.

La habitacion de Ferry no es de las mas suntuosas, pues se compone de dos aposentos, si se considera como tal un cuartito cuya ventana no tiene mas que una hoja; pero está muy aseada, y á la hora en que entramos en ella en una mañana fria de marzo, el aposento, donde nuestro mozo está aun en la cama, ha recibido el frote de la escoba, y las tazas puestas sobre una mesa de pino dejan ver un mantel de una blancura irreprochable.

Cruncher descansa bajo una cubierta de cuadros de colores como un arlequin en su traje. Hacia un momento que dormía con un sueño profundo y sonoro; pero principia á revolverse en su lecho levantando y arrugando las sábanas, hasta que, despertándose completamente, se incorpora con los cabellos erizados y lanza en torno suyo una mirada.

— ¡Por vida de mi abuela! gritó con enojo, ¿te he de sorprender siempre con tu maldito tema?

Una mujer de aspecto aseado y hacendoso, que estaba arrodillada en un rincón, se levanta precipitadamente demostrando que se dirigen á ella estas palabras.

— No lo negarás ahora, continúa el marido inclinándose fuera de la cama para buscar una de sus botas.

Despues de inaugurar el día con este apóstrofe y de hallar la bota que buscaba, Cruncher la arroja con mano robusta contra la cabeza de su mujer.

A propósito de esta bota, excesivamente sucia, mencionaremos un detalle especial y extraño de la vida privada del recadero de Tellstone, y es que por limpio que estuviera su calzado cuando entraba por la noche en casa, estaban al día siguiente por la mañana las mismas botas cubiertas de lodo ó tierra hasta el empeine.

— Dime, continuó nuestro hombre que no habia dado en el blanco, ¿qué hacías en ese rincón?

— Rezaba mis oraciones.

— ¡Tus oraciones! ¡Digna y santa esposa! ¿Es decir que te arrodillas para armar al cielo contra mí?

— Rezaba por tí.

— ¡Mientes! Por otra parte, no quiero que te tomes esa libertad.

Y continúa dirigiéndose á su hijo:

— Ferry, tienes una madre que pide al Señor que tenga desgracia en todas mis empresas. ¡Oh! tienes una madre muy buena, muy religiosa... una madre que invoca al cielo para que quite el pan de la boca de sus hijos!

El muchacho, que está en camisa, participa del enojo de su padre, y volviéndose hácia su madre, protesta con energía contra los rezos ó cualquiera otro medio destinado á mermarle la comida.

— ¿Qué valor, te pregunto, añade el marido con una inconsecuencia de que no se apercibe, qué valor imaginas que pueden tener tus oraciones? Dime... explícame el mérito que les atribuyes, mujer presuntuosa.

— Salen del corazón, Ferry, y es el único mérito que tienen.

— Pues en tal caso no tienen mucho. Pero ¿qué importa? No quiero que recen por mí. ¿Oyes? No quiero. No necesito que me acarrees desgracias con tus sempiternas genuflexiones. Si de todos modos quieres besar el suelo y rezar, hazlo al menos en favor y no en perjuicio de tu marido y de tus hijos. ¡Qué otro gallo me cantaría si no tuviera una mujer tan desnaturalizada! ¿Porqué me ví en tan terrible apuro la semana pasada? ¿Porqué el dinero que habia de ganar se convirtió en amargura y persecuciones? Por tí... solo por tí. ¡Voto al diablo! continúa Cruncher poniéndose los calzones. Oraciones en casa, y fuera de casa otras cosas peores, y en tanto soy mas desgraciado que el hombre mas miserable de Londres. Vístete, hijo mio, y mientras limpio las botas, vigila á tu madre para que no se ponga de rodillas; porque, te lo repito, dijo volviéndose hácia su mujer, no toleraré que conspires contra mí. Estoy mas cansado que un caballo de alquiler y mas atontado que una botella de láudano, y á no ser por los dolores que me hacen ver las estrellas cuando cambia el tiempo, no sabría si mis piernas me pertenecen ó si son de otro, y si no soy mas rico... es porque rezas de dia y de noche para impedir que haga fortuna.

El señor Cruncher, al mismo tiempo que desahogaba su mal humor y lanzaba á su mujer los tiros de su indignacion, se ocupaba en limpiarse las botas y en hacer los preparativos de su salida cotidiana. En tanto su hijo, cuyos ojos á imitacion de los de su padre parecían tener miedo de alejarse uno de otro, vigilaba á su madre segun se le habia encargado, y saliendo del aposento donde empezaba á vestirse, gritaba de vez en cuando:

— Padre, ya vuelve á arrodillarse.

Y haciendo un gesto ridiculo, volvia á su camaranchon despues de esta falsa alarma.

El señor Cruncher, cuyo mal humor estaba en su apogeo cuando se sentó á la mesa, se irritó de una manera muy especial contra el *Benedicite* que murmuraba su esposa.

— ¿No callas, maldita criatura? gritó. ¿Qué dices entre dientes?

— Pido al Señor que bendiga nuestro almuerzo, respondió la pobre mujer.

— Te lo prohibo, replicó el esposo mirando en torno suyo como si temiese ver desaparecer el almuerzo por arte de encantamiento. No quiero bendiciones y estar arruinado, sin fuego, ni hogar, ni pan para el resto de mis dias. Repito que quiero que calles, te lo digo por última vez.

Ferry Cruncher, con los ojos encendidos y el rostro

descompuesto, como quien ha pasado la noche sin dormir y ocupado en trabajo poco agradable, devoró el almuerzo gruñendo sobre el plato como un perro hambriento que ve en peligro el hueso que cruje entre sus quijadas.

A las nueve se tranquilizó, tomó el aspecto más respetable con que le fué posible cubrir su rostro, y salió para dedicarse á sus ocupaciones.

A pesar del título de honrado comerciante que se complacía en darse cuando le preguntaban cuál era su oficio, nos cuesta trabajo el ver un negocio en la tarea cotidiana de Ferry Cruncher. Un taburete de madera procedente de una silla rota cuyo respaldo había aserrado, y que el pequeño Ferry llevaba todos los días á un lado de la puerta de Tellson, componía el fondo de comercio del pretendido negociante. Sentado en este banquillo, con los pies en un montón de paja que dejaba caer el primer carro que pasaba, el buen Ferry era conocido en todo el barrio lo mismo que el Temple Bar cuyo aspecto pesado y ruinoso tenía. Llegaba á las nueve menos cinco minutos, y en el momento preciso en que podía quitarse el sombrero en honor de los vestustos empleados que entraban en el despacho, y se colocaba como de costumbre con el hijo á su lado, que solo se alejaba para imponer una corrección á los muchachos cuya poca edad le permitía llevar á cabo sin peligro tan loable designio. Tan cerca uno de otro como lo estaban sus ojos en sus caras respectivas, con los mismos cabellos, las mismas facciones, la misma postura y acechando á los parroquianos en silencio, el padre y el hijo se parecían mucho á dos monos.

De pronto uno de los dependientes de Tellson asomó la cabeza por la puerta y pronunció estas palabras con tono imperioso:

— Entrad, os llaman.

— ¡Bien principia el día, padre!

Después de esta felicitación, el pequeño Ferry ocupó el banquillo, hundió los pies en la paja, y se entregó á sus reflexiones.

— ¡Siempre manchados los dedos de tierra! murmuró entre dientes. ¡Siempre... siempre! ¿Cómo se los mancha? ¿Dónde tocará esa tierra? Sin embargo, aquí no puede ser.

CAPITULO II.

ESPECTACULO.

— ¿Conoceis á Old-Bailey? preguntó á Ferry uno de los empleados de Tellson y compañía.

— Si señor, respondió nuestro hombre con tono adusto.

— Bien. ¿Y conoceis á M. Lorry?

— Tanto como un honrado comerciante cual yo puede conocer á Old-Bailey.

— ¡Magnífico! Id pues á la puerta de los testigos, enseñad este billete al conserje y os dejará entrar.

— ¿En la sala donde se reúne el tribunal?

— Precisamente.

Los ojos de Ferry hicieron un esfuerzo para aproximarse aun más, y parecía que se dirigían mutuamente esta pregunta: ¿Qué te parece?

— ¿He de esperar la contestación? preguntó Ferry como si esta frase hubiera resultado de la conferencia que acababan de tener sus ojos.

— Voy á explicaros lo que habeis de hacer. El conserje enviará el billete á M. Lorry, cuya atención llamareis con vuestros ademanes para que sepa donde estais, y esperareis en el mismo sitio hasta que os necesiten.

— ¿Nada más?

— Nada más. Desea tener una persona á mano, y este billete tiene por objeto advertirle que estais allí á su disposición.

El empleado cerró cuidadosamente el billete, escribió el sobre, y en el momento en que ponía la oblea oyó las siguientes palabras:

— ¿Es la vista de alguna causa por falsificación de escritura pública? preguntaba Ferry.

— No, por crimen de alta traición.

— ¿Es decir que descuartizarán al infeliz? dijo Ferry. ¡Qué barbaridad!

— Así lo dispone la ley, dijo el dependiente dirigiendo asombrado sus anteojos hacia Ferry.

— Es una ley cruel, señor; bastante duro es matar á un hombre sin que le despedacen los miembros, replicó Ferry.

— No, no es bastante, dijo el dependiente, y os aconsejo, buen hombre, que trateis la ley con más respeto. Sed parco en las palabras, reflexionad bien antes de hablar, y creedme, dejad á la justicia el cuidado de hacer lo que le corresponde y de hacerlo como cree justo y necesario. Sobrado tenéis que pensar cuidándoos el pecho que no lo tenéis muy bueno.

— Consiste en la humedad que me da en el pecho y me constipa. ¡Si supierais cómo se gana la vida un hombre honrado como yo! dijo Ferry.

— Bien, bien, repuso el dependiente; todos nos ganamos la vida de una ú otra manera. Tomad la carta, salid luego y no os detengais en ninguna parte.

Ferry tomó la carta y dijo para sí con menos respeto de lo que demostraba su cara compungida:

— Si yo tengo malo el pecho, tú estas seco como un palo.

Saludó al dependiente, dijo á su hijo al pasar el sitio á donde iba, y se dirigió hacia la audiencia.

(Se continuará.)

Don Vicente G. Quesada.

(Conclusion.)

» Es con el arpa que los improvisadores santiagueños cantan los grandes acontecimientos de la vida popular y de sus héroes: acompañados con el arpa, cantan el amor, la libertad, la patria. Santiago tiene también sus bardos que nunca expresan los sentimientos íntimos ni las grandes cosas sino en *quichua*, porque el español es el lenguaje oficial que arrebató el sabor especialísimo y grato del corazón de aquel pueblo excepcional y simpático. Esos improvisadores adquieren celebridad, y nunca les falta auditorio.

» Hemos oído después el arpa en Santiago en distintos parajes y á diversas horas, unas veces pulsada por la mujer del pueblo, por el gaucho improvisador ó por la sencilla y amable joven de la capital de la provincia, y aunque siempre hemos oído con gusto sus armonías, no hemos olvidado nunca al cantor de la posta.

» Todos los bailes de las campañas se hacen al compás del arpa, que es un elemento indispensable de las fiestas populares, y el tocador ocupa siempre un lugar preferente, puesto que es necesario.

» La lengua *quichua*, según sus conocedores, es armoniosa y se presta á la poesía, y esas canciones tienen bellezas dignas de estudio. Siempre escuchamos con placer á esos bardos de Chiripá, dominados casi siempre por la cadencia triste del canto y la suave melodía del instrumento.

» Aquella noche empezó el baile á la luz de la luna, el arpa era la música de aquella danza alegre, y las muchachas rozagantes, de blanquitos dientes y de hermosas formas, reían y se divertían. El baile duró algunas horas, de vez en cuando había recitados breves en *quichua*, y volvía el baile en medio de las risas ingenuas y francas de aquella buena gente. Los gauchos hacían cierto zapateo gracioso al compás de la música, y mientras duraba el recitado, no sonaba el arpa ni se danzaba.

» Era un espectáculo sencillo, pero sumamente interesante aquel baile á la claridad de la luna, al son del arpa, oyendo la lengua de los incas, aunque adulterada, en 1853, en una provincia argentina, en medio de compatriotas, cuyo idioma sin embargo no entendíamos.

» Después del baile la velada se pasó á la luna. Allí sobre el mismo suelo nos tendieron nuestras camas. La serenidad de aquella noche, el cielo tan despejado y la atmósfera tan transparente, nos hizo no poder conciliar el sueño, embriagándonos en aquella naturaleza hermosa.

» Algun tiempo después conversaban aun en *quichua* los habitantes de la posta.

De las *Impresiones y recuerdos* extractamos los siguientes cuadros:

II.

« El sol acababa de esconderse, y la luna se levantaba acompañada de las bellezas crepusculares de estas comarcas. Viajábamos acompañando al gobernador de la provincia de Corrientes: llegamos á un arroyo ancho y correntoso por las crecientes de las aguas llovedizas. La escolta se acercó á la orilla y se desmontó inmediatamente; cuando llegamos en el coche, todos los caballos estaban desensillados, y los soldados desnudos iban á vadear el arroyo nadando. — ¿No habeis visto nunca esos nadadores correntinos? Pues quedaríais sorprendidos de su destreza, de su agilidad, y sobre todo de su alegría.

» Desde la orilla lanzáronse tres, cuatro, diez, veinte jinetes conduciendo por la brida á sus corceles, gritando y jugueteando sobre las aguas que iluminaban los rayos pálidos de la luna que se levantaba. En un momento ya estaban en medio del arroyo, y solo se distinguían las cabezas de los caballos y los jinetes que nadaban al costado. Un rato después, se pasaban las monturas en unas balsas formadas de las *carenas*, y en la ribera opuesta bien pronto los jinetes estaban con uniforme y los caballos ensillados.

» En estos países donde no hay puentes, el paso de un arroyo, de un río, es una escena llena de novedad y de sorpresa.

» Mas árdua era la empresa de pasar el coche. Una pequeña canoa formada de un solo tronco de árbol y de la forma más primitiva era la embarcación en que íbamos á pasar nosotros.

» De troncos de palmeros, de largas cañas tacuaras y de trozos de madera de diverso largo, habíase preparado una especie de balsa para que el carruaje flotase sobre las aguas. Veinte nadadores desnudos iban en los costados conduciendo el coche, dos caballos á cuyas colas estaban atadas dos sogas, nadaban tirando el coche hacia la ribera opuesta. La algazara era grande, y esa masa de hombres, caballos y carruaje, lanzóse al agua y empezó á flotar. En la otra orilla se preparaban á recibirla.

» La luna iluminaba completamente. En la ribera opuesta se desataron las palmas, las tacuaras y los maderos, y empezó el arreglo del carruaje. Los soldados estaban ya de uniforme con su capitán á la cabeza.

» Sentados en el tronco de un árbol vimos esta escena, repetición de otra y otras del mismo género, que habíamos presenciado á la luz del sol.

» El nadador es un tipo especial de estas comarcas.

Viajero ha habido que ha quedado estupefacto al ver en medio del Paraná á estos nadadores.

» Esta calidad especial hace del soldado correntino un tipo original; él no conoce obstáculos, todo lo vence: los ríos los atraviesa al costado de su caballo, sus armas y su uniforme dentro de la *balsa* que forma de la *carena* de su *recado*; en tierra es un jinete de primer orden, y un infante obediente y decidido.

» El correntino se baña frecuentemente, y desde chico aprende á nadar, y en este ejercicio encuentra un verdadero placer.

III.

» La vida del correntino que se ocupa en los montes del corte de las maderas, y que se conoce bajo la denominación de *obrajero*, es un tipo de estas comarcas, producido por su ocupación que desarrolla calidades y desenvuelve instintos cuyo germen nunca se expande en la vida de las ciudades.

» El obrajero vive durante algún tiempo en los bosques, allí caza ó pesca, trabaja ó duerme en las selvas primitivas del Chaco ó de la isla de Apipé: durante este tiempo se divorcia con las poblaciones (1). Sus provisiones son yerba, tabaco charque; sus útiles son hachas, limas, piedras de afilar: sus armas el cuchillo y algún fusil; siempre lleva pólvora, municiones, balas, y anzuelos para pescar: provisto de todo lo necesario, embárcase en su veloz canoa que se desliza sobre el Paraná hasta el obraje. Allí hay otros compañeros, y algunas veces mujeres.

» Entre las fieras con que tiene que luchar el obrajero, está el temible *yaguareté*, especie de pantera. Este animal tiene la fuerza bastante no solo para matar, sino para arrastrar al bosque su presa, ó llevarla á nado. El *yaguareté* no entra sino en las aguas mansas, es solitario, no caza sino instigado por el hambre, nada mucho, y el día lo pasa en la espesura del bosque.

» Según Azara, nada teme y caza su presa cualquiera que sea el número de hombres, y la comienza á comer sin darle la muerte. Es un enemigo temible, y los trabajadores tienen siempre perros que les indiquen la proximidad del *yaguareté*. Por la noche encienden grandes fogatas y en torno de ellas se acuestan, porque el *yaguareté* huye del fuego. En la oscuridad sus ojos brillan como chispas.

» El cuero del *yaguareté* se vende con estimación en el mercado, y hay episodios extraordinarios en la caza de esa fiera.

» Esta vida algo salvaje que lleva el obrajero, le hace que adquiera gran confianza en sí mismo, y es casi fatalista. Nada le sorprende, y está siempre preparado para la lucha. Su oído se aguza y distingue el movimiento de las ramas cuando marcha el *yaguareté*, y conoce el rastro con una precisión que pasma.

» De los obrajes se conducen las maderas á los aserraderos, y allí á la intemperie se dividen las gruesas vigas en tirantes y alfajías.

IV.

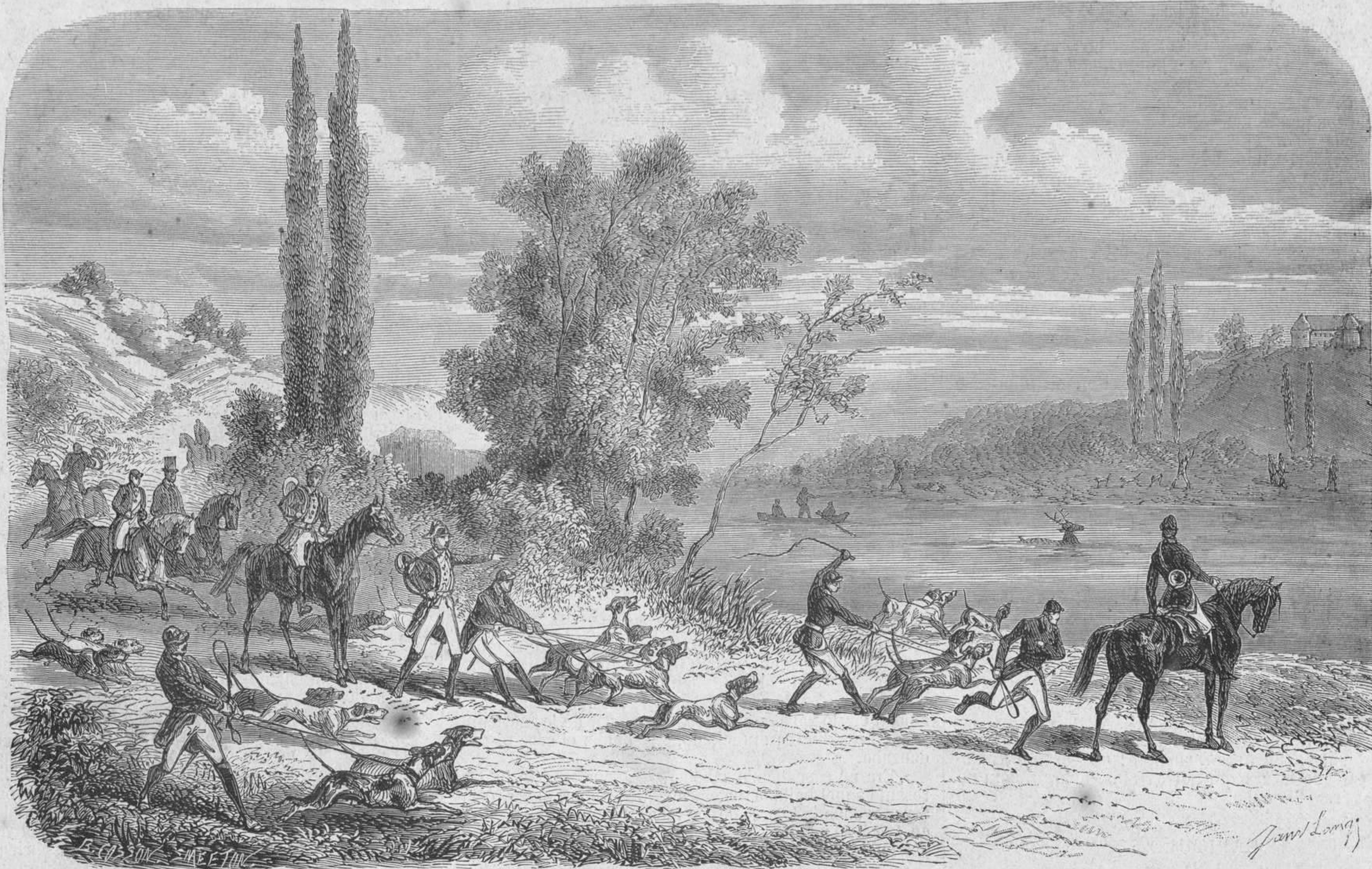
» Sentados á la orilla del Paraná (2) sobre una de las muchas rocas descarnadas y negruzcas que han sido pulidas por las corrientes, teníamos á nuestra espalda uno de esos árboles de largas hojas y de recto tronco, conocidos bajo la denominación de *palmeros*, y nos gozábamos en contemplar el sol que se ocultaba tiñendo el horizonte con colores rojizos, alumbrando las cimas de los árboles que señalan el Chaco en la ribera opuesta. Desde aquella roca y al pie de aquel árbol, empezamos á ver dirigirse hacia el río las *aguadoras* con sus cántaros en la cabeza, alegres y cantando como las aves en los bosques. Así llegaron a la orilla del río, sobre cuya superficie los rayos del sol que se ocultaba, parecían barras de hierro candente. Esta escena nos recordó la manera sentida con que la Biblia nos cuenta cómo iban las hijas de los hebreos á tomar el agua de las fuentes, y la imagen de aquellas israelitas se presentaba á nuestra mente fascinada por la transparencia de la atmósfera y la poesía de la tarde.

» Cuando deteníamos la mirada sobre uno de esos grupos de aguadoras, vestidas de blanco, con sus brazos desnudos, su seno casi descubierto, sus pies limpios y descalzos, nos parecía un grupo pintado de mujeres egipcias. Llevaban sobre sus cabezas el cántaro de barro colorado, y movían graciosamente sus flexibles cuerpos para guardar el equilibrio. Sus miradas eran vivas y penetrantes como los ojos de la gacela en el desierto, y nos imaginábamos que la realidad que teníamos ante nosotros era la ilusión de una leyenda bíblica.

» Todas reían y cantaban, jugaban y se regocijaban

(1) Los obrajes de madera están en el Chaco, en Apipé ó en los bosques de la provincia; varios son los sistemas como se hace este negocio. Hay personas que tienen obrajes con peones pagados por mes; otros habilitan á los peones y compran las maderas que cortan á precios que han fijado con anticipación. Generalmente dos hombres pueden trabajar dos palos diarios; cuatro de estos palos, que son 25 ó 28 varas de madera, se llama una carga completa. El precio es de 10 reales papel-moneda correntina la vara (80 á 90 pesos por onza de oro). Los pobres forman sus asociaciones, principalmente los de tierra firme: después que tienen tres ó cuatro cargas, buscan quien las conduzca á poblado, dándole la mitad de la madera. Esta asociación suele hacerse con los patrones de buques, que dividen por iguales partes el producto de la madera.

(2) Este fragmento fué publicado en el *Nacional* de Buenos Aires.



Episodio de la cacería de los príncipes de Wagram y Murat cerca de Morsang.

con la vista de los pescados que saltaban sobre la superficie de las aguas reflejando sus lucientes cuerpecillos los prismas variados del iris. Gozábanse contemplando las blancas velas de las embarcaciones que descendían el Paraná, extendido todo su velamen como las colosales alas de un pájaro que se mece en las ondas, y gustaban oír la voz de los marineros que maniobraban. Cuando llenaron sus cántaros, colocáronselos sobre la cabeza y regresaron alegres á sus hogares.

» Estas aguadoras son las que proveen de agua á la ciudad, y muchas viven con el producto de su modesta ocupación. Otras son criadas de alguna familia, ó la pobre mujer del trabajador, ó la hija del jornalero, que van á tomar el agua en el río, donde la Providencia la prodigó á raudales.

» La aguadora correntina es una originalidad de esta comarca.

V.

» En Corrientes como en el Paraguay, la raza primitiva americana se ha mezclado, asimilado, refundido con la raza española, legando empero á la posteridad su idioma, que aunque adulterado se conserva aun, — el guaraní es el legado de la raza conquistada (1). Del cruzamiento de estas dos razas ha resultado una raza inteligente y sagaz.

» La raza conquistadora domina y absorbe lentamente á la raza conquistada, que pierde todos los días.

» Cuando en esa mezcla no domina absolutamente la raza europea, se encuentra en la frescura y suavidad del cutis, en los ojos y en los dientes, una perfección admirable. Sobre todo las mujeres que nacen de estas razas, son voluptuosas con exceso. Es un tipo nuevo, fresco como las selvas de estos países, y en cuyos ojos parece reflejarse la transparencia fascinadora de la atmósfera de esta región intertropical. Estas mujeres, americanas por su sencilla ingenuidad, su frescura y novedad, tienen en la frente el sello inteligente que la raza latina les ha impreso.

» Muchas de estas mujeres van por la calle con su canasta ó su tablero vendiendo frutas, naranjas, flores. El tablero lo llevan en la cabeza y con él sujetan el pañuelo que suelto cae por la espalda, y ofrecen en las puertas el artículo que venden. Y os entregan con una mano generalmente bien formada, aquellas frutas amarillas como el oro, dulces y tan justamente celebradas en el país.

(1) « Los españoles del Paraguay y sus vecinos los de Corrientes, resultan principalmente de la mezcla de sus padres con indias, según lo hemos explicado: por lo tanto hablan guaraní, y no hay sino la gente instruida y los hombres del lugar de Curu-Cuatí, que entienden español. » — (Viajes por la América del Sur, por Félix de Azara.)

» Esta ocupación las hace atrevidas y desenvueltas, y muy jóvenes pierden el recato y el pudor, que es el mejor adorno de la mujer. El pudor, que es para la mujer como el perfume para las flores, perdido por la vida libre y vagabunda que llevan, las presenta como flores inodoras y marchitas, perdidas apenas nacen, inutilizadas para el bien y haciendo el mal sin conocerlo, ignorándolo, á su pesar tal vez.

» Aun cuando hay una casa de corrección, esta no evita la vida licenciosa de estas pobres mujeres, que á la vez que venden frutas para procurarse su subsistencia, sacrifican su pudor y se pierden para la virtud.

» La casa de corrección está mal atendida, debería po-

nerse bajo la dirección de la *Sociedad de beneficencia* (1). La mujer es el mejor consejero de la mujer: acercad esas hijas desvalidas del pobre á la honrada madre de familia del rico, y ese contacto podrá salvarlas de una senda á que las conduce el ejemplo, atraídas por la ocasión y excitadas por su misma naturaleza ardiente. »

Quesada tiene varios trabajos importantes que publicará mas tarde, y que versan sobre la historia de las repúblicas del Plata. Dado al estudio y á la meditación, muy joven aun, está llamado á prestar inmensos servicios á su patria y á la América entera.

Quesada es de aquellos hombres á quienes se puede aplicar el verso 129, libro VI de la *Eneida*:

Pauci quos Æquus amavit Jupiter.

J. M. TORRES CAICEDO.

Paris, 1863.

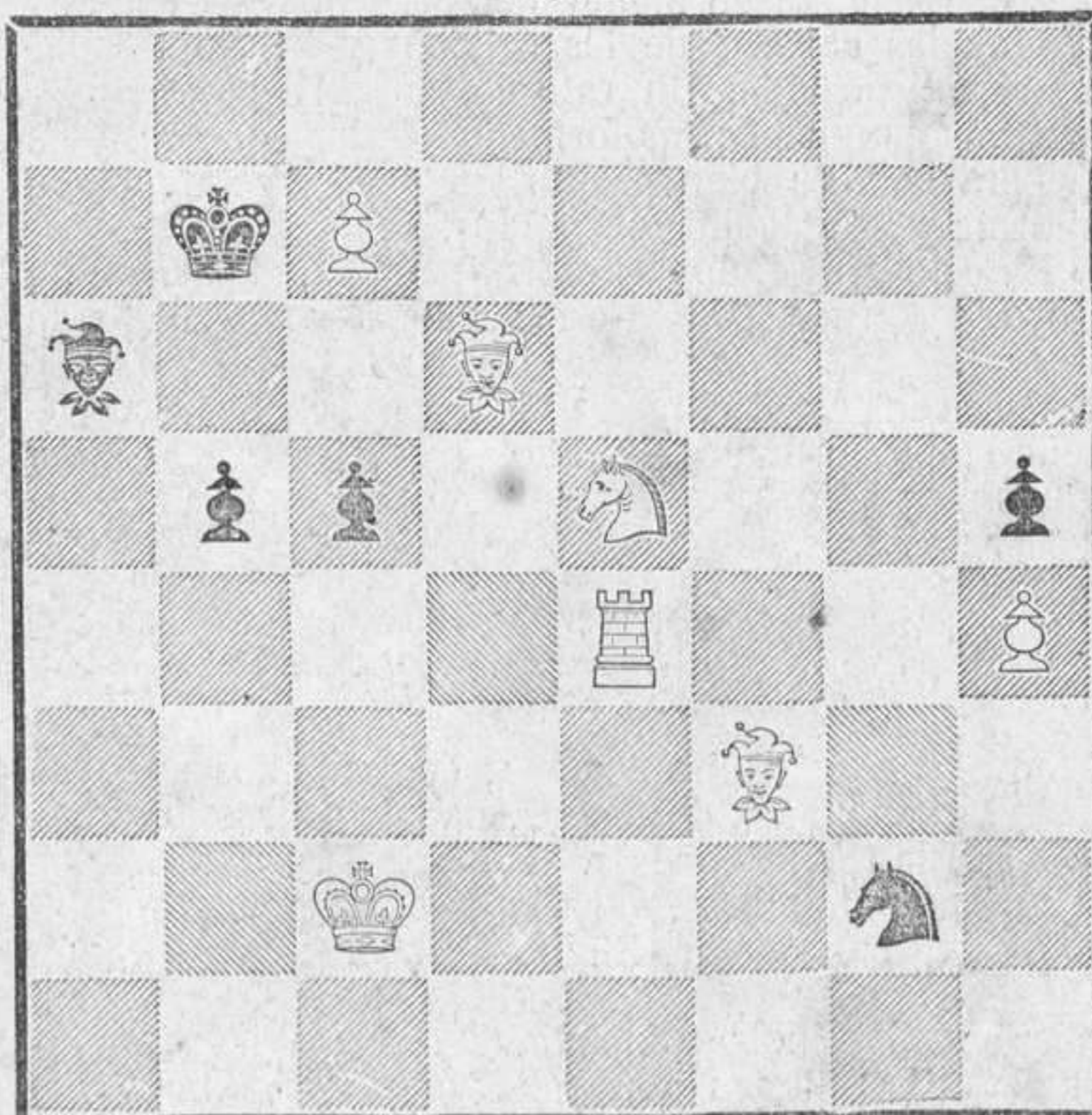
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 86.

- | | |
|--------------------------------|----------------|
| 1 CRa 3a ARa jaque | R 5a ARa |
| 2 Ra 4a CR | A 6a jaque |
| 3 C 2a Ra jaque | R juega ó come |
| 4 Ra 4a ARa come C jaque-mate. | |

PROBLEMA NUM. 87, POR M. RICHARD SCHURIH.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

Cacería de los príncipes de Wagram y Murat.

Escriben de Morsang con fecha 22 de octubre: Hé aquí un apunte copiado del natural, un episodio de la cacería de los príncipes de Wagram y Murat.

El ciervo arrojado de la selva de Senart, se lanzó al Sena enfrente del sitio que llaman el Gouffre, que forma parte del bosque perteneciente al conde Clary. Los cazadores terminaron su jornada en su casa, esto es, en el castillo de la Grange.

La cacería estaba dirigida por el príncipe de Wagram, que parece ser un cazador de los mas intrépidos. Llegado el primero se apeó para dar órdenes á sus ojeadores. El ciervo se mantuvo largo tiempo en medio del río, y solo pudo acercarse un cazador en una barca, que le mató de un pistolazo en la cabeza.

La ralea tuvo lugar en la margen del río en presencia de todos los habitantes de Morsang, que habian acudido á este espectáculo bastante raro en las cercanías de Paris. El pobre ciervo fué despedazado y repartido entre todas las personas que allí habia, y únicamente la cabeza y una corta parte del cuerpo se enviaron al palacio de la Grange. Todo esto era muy pintoresco y formaba un bonito cuadro de caza. Los cazadores eran los príncipes de Wagram padre é hijo; el príncipe Murat, con traje de capricho; sombrero gris, casaca de terciopelo y botas de campana; el conde de Clary y dos ó tres convidados. La jauría contaba unos cuarenta perros.

A. R.

(1) Cuando escribimos esto, no existia en Corrientes la Sociedad de beneficencia que posteriormente fué creada.